

Stephen Kaung

Discipulados a Cristo

Como es ilustrado en la vida de Simón Pedro

Ediciones "Aguas Vivas"

Stephen Kaung

Discipulados a Cristo

Como es ilustrado en la vida de Simón Pedro

Primera edición: Agosto 2004

Este libro ha sido traducido directamente del portugués. Excepto donde así se indique, todas las citas de las Escrituras utilizadas corresponden a la versión Reina-Valera, 1960.

Traducción y Edición: Aguas Vivas

Revisión: Cecilia Bessa Didier

Diseño & Diagramación: Mario Contreras Troncoso

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

Temuco - CHILE.

PRESENTACIÓN

Con mucha satisfacción y gratitud al Señor presentamos a los hijos de Dios de habla española uno de los libros más representativos del hermano Stephen Kaung, «Discipulados a Cristo».

Aunque sus obras son bastante difundidas en lengua inglesa, china y portuguesa, no lo son en lengua española. Es por eso que nos complace dar a la luz este primer libro que, esperamos, sea seguido de otros muchos que vendrán a enriquecer el caudal de revelación y la experiencia espiritual del pueblo de Dios en esta parte del mundo.

Expresamos nuestra gratitud a los hermanos de la editorial «Tesouro Aberto», de Brasil, por autorizarnos a publicar esta obra que ellos dieron a luz por primera vez en 1998, y también a los que, en Chile, han colaborado para este mismo fin.

Por todo esto agradecemos a Dios, a quien asimismo dedicamos este trabajo, para que su amado Hijo Jesucristo tenga en este tiempo muchos verdaderos discípulos.

Los editores

INDICE

Prefacio a la edición en portugués	9
Nota del editor del original en inglés	10
Capítulo 1	
<i>El llamamiento del discipulado</i>	11
Capítulo 2	
<i>La condición del discipulado</i>	41
Capítulo 3	
<i>La consolación del discipulado</i>	69

Prefacio a la edición en Portugués

El llamamiento al discipulado es hecho a cada creyente en Cristo. La Palabra del Señor para los que son suyos es: «Venid en pos de mí». Él desea conformarnos a su imagen y usarnos de acuerdo a su propósito. Solamente atendiendo a ese llamado podemos cumplir el destino originalmente propuesto por Dios.

A fin de ayudarnos a comprender este asunto que es de la mayor importancia, los tres capítulos de este volumen ilustran, a través de la vida de Simón Pedro, los tres principales aspectos del discipulado cristiano: el llamamiento, la condición y la consolación. El objetivo supremo del discipulado es conducirnos de forma más íntima a la propia persona del Señor Jesús – no a algún sistema, organización o enseñanza, sino a un Hombre y a un Hombre solamente, al propio Señor Jesús. El discipulado no deja de tener sus condiciones, aunque para el cumplimiento de las mismas dependamos absolutamente de la gracia de Dios. Y a pesar de que las dificultades del discipulado no sean pequeñas, ellas son ricamente compensadas por la comunión con el Maestro y la transformación resultante de esa comunión.

Que el Maestro bendito aliente a muchos al verdadero discipulado.

Nota del Editor del original en Inglés

Debemos decir una palabra con respecto al origen del material contenido en las próximas páginas.

En primer lugar, la esencia de los tres capítulos de este volumen fue originalmente ministrada en una serie de mensajes en Mt. Lake, Connecticut (EUA), antes de una conferencia de jóvenes realizada el primer fin de semana en enero de 1967.

En segundo lugar, para enriquecer este volumen, el autor gentilmente cedió al editor sus notas personales que contenían muchas «pepitas de oro». Aunque muchas de ellas no llegaron a ser mencionadas en los mensajes hablados, ahora fueron incluidas aquí.

Capítulo 1

**EL LLAMAMIENTO DEL
DISCIPULADO**

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir; Pedro). (Juan 1:40-42).

Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron. Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron. (Mateo 4:18-22).

Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron. (Lucas 5:1-11).

* * *

El llamamiento al discipulado es, como alguien ya observó, muy personal y, por eso, tiene que ser respondido individualmente. Con todo, ese llamamiento también es práctico y, por esa razón, necesita ser experimentado en nuestra vida. Ese llamamiento no es una teoría ni una doctrina, sino algo que cada uno de nosotros debe responder afirmativamente delante del Se-

ñor y experimentarlo. Para ayudarnos a comprender cuán personal es ese llamamiento y cuán real es en la práctica, me gustaría ilustrar este asunto examinando brevemente la vida de un discípulo de nuestro Señor Jesús. Y, pienso, no hay ejemplo mejor que la vida de Simón Pedro.

Simón Pedro estaba entre los primeros que vinieron a conocer al Señor, y ciertamente fue uno de los primeros llamados para ser un discípulo. Entre los doce apóstoles, él era el primero de la lista, y quien generalmente hablaba por los otros. Por lo tanto, en cierto sentido, Simón Pedro puede ser considerado el primer discípulo de nuestro Señor Jesús. Y, si fue realmente el primer discípulo del Señor, entonces podemos aprender mucho a través de su vida. En otras palabras, todos los principios implicados en el discipulado deben ser evidenciados e ilustrados a través de esta vida.

En el principio, Simón fue llevado al Señor por su hermano Andrés. Éste había sido presentado a Cristo por Juan el Bautista y, habiendo hallado al Señor, fue en seguida al encuentro de su hermano. Andrés, entonces, simplemente dice a Simón Pedro: «Hemos hallado al Mesías», y le llevó a Cristo. Así, de ese modo muy natural, Simón fue salvo.

* * *

No sabemos mucho sobre el pasado de Simón antes de su primer encuentro con el Señor. Parece que su notoriedad e importancia vinieron por causa de la convivencia con el Señor Jesús. Sin embargo, dos hechos sobresalen en el pasado de Simón. Sabemos que él era un hombre de Galilea, natural de Betsaida (Juan 1:44) y, también, que era un pescador.

Tenemos conocimiento de que en aquella época los judíos de todo Israel menospreciaban a los galileos. Es-

trictamente hablando, los galileos eran judíos verdaderos, pero, en otro sentido, los que vivían en Galilea eran vistos por los de Jerusalén y de Judea como siendo de «Galilea de los gentiles» (Mt.4:15), pues era una multitud mixta de personas impuras, no ortodoxas, groseras e incultas. Sin embargo, debe señalarse que, entre los doce discípulos de nuestro Señor Jesús, casi todos eran galileos, incluso el propio Simón. Probablemente la única excepción era Judas Iscariote que, tal vez, fuese de Judea.

Simón, entonces, era un galileo, un pescador rudo que, aunque tuviese una profesión humilde, tenía una noble aspiración: él esperaba la venida del Mesías judío. Simón era naturalmente impulsivo, franco, agresivo e impetuoso; con todo, era honesto, sincero y modesto. Él estaba enterrado y perdido entre las multitudes hasta que Cristo vino y lo desenterró, transformando aquella piedra bruta en un lindo y precioso jaspe, como veremos.

Esa transformación puede suceder con todos nosotros. No importa dónde hayamos nacido, cuál es nuestro tipo de temperamento, qué profesión ejerzamos o cuán diferentes seamos en nuestra expresión y apariencia exterior; el Señor es capaz de desenterrarnos de la multitud y comenzar a trabajar en nosotros hasta que seamos transformados en piedras preciosas para la edificación de Su casa. Podemos, por lo tanto, ser alentados con la vida de Simón Pedro, el cual, no teniendo ninguna importancia para el mundo, fue, sin embargo, tomado y moldeado por el Señor y fue constituido en una de las columnas de la iglesia en Jerusalén.

* * *

La conversión de Simón Pedro fue bastante sencilla. Muy probablemente él se hizo un discípulo de Juan el Bautista, ya que todos los que aguardaban la consolación

de Israel (Lc.2:25) eran bautizados por Juan. Él se arrepintió de sus pecados, fue bautizado por Juan Bautista, y esperaba al Mesías que vendría – el Enviado, el Ungido de Dios, Aquél que cumpliría todas las promesas de Dios. En otras palabras, encontramos en este hombre Simón un corazón dispuesto, alguien que había sido preparado con anticipación por el Espíritu Santo de Dios y, sin duda, también por Juan Bautista. Por lo tanto, todo estaba preparado. La única cosa que todavía faltaba era ver al Mesías. Y eso sucedió por medio del testimonio simple de su hermano Andrés que, por cierto, conoció a Jesús como Mesías a través del testimonio de Juan el Bautista. Andrés se apresuró a buscar a su hermano, y decididamente le dijo: «Hemos hallado al Mesías». El resultado es que Simón fue, vio y creyó.

* * *

Creo que Simón tenía mucha confianza en su hermano. Por el registro de su vida sabemos que Simón era impetuoso, extrovertido, y poco cuidadoso. Su hermano, en cambio, era exactamente lo opuesto. Andrés era un hombre muy quieto, y alguien así es generalmente cuidadoso y bastante observador. Este último rasgo se percibe en el incidente de la primera multiplicación de los panes. En aquella ocasión nuestro Señor Jesús estaba en el desierto y no había nada para comer; pero fue Andrés quien vino y dijo: «Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes ...» (Jn. 6:9). Piense en eso: él vio a un muchacho entre cinco mil personas. Ese era el agudo sentido de observación de Andrés. Por lo tanto, creo que Simón, conociendo su propia debilidad, tenía mucha confianza en su hermano. Él encontraba en Andrés lo que a él le faltaba. Él pudo confiar en que su hermano verdaderamente había hallado al Mesías y, entonces, ser así llevado a Cristo.

Algunas veces es bueno que reconozcamos nuestras deficiencias y debilidades y sepamos cómo vivir de forma interdependiente, especialmente con nuestros hermanos, pues ellos pueden ser capaces de proveer el equilibrio que necesitamos. Por lo tanto, pienso que cuando Simón fue informado por su hermano de que había encontrado al Mesías, él no dudó en su corazón; al contrario, debe haber pensado para sí mismo: «Mi hermano Andrés debe haber encontrado *al verdadero* Mesías». Así, Simón, sin dudar, fue con él al encuentro de Jesús. Oh, cuán bienaventurados son los que están preparados y tienen un corazón sencillo –aquellos que saben y reconocen su propia limitación– pues prontamente serán saciados.

* * *

La Biblia no menciona nada sobre la reacción de Simón al encontrar al Señor. Las Escrituras sólo nos dicen que él fue llevado a Cristo. Realmente sería de esperar que Simón, siendo por naturaleza una persona habladora, al ver al Señor Jesús dijese muchas cosas. Pero, curiosamente, no hay registro de que él haya dicho alguna cosa al Señor – ni siquiera una palabra. Él fue y vio a Jesús; al encontrarlo, debe haber observado cuidadosamente al Señor y cuanto más lo miraba, más se convencía de que éste era el Mesías. El resultado fue que Simón, simplemente, se postró delante del Señor. Quedó tan impresionado, tan absorbido, tan atraído por ese Hombre que permaneció en silencio; aquel que durante toda su vida había sido tan hablador, ahora no tenía nada que decir. En aquella situación, no era necesaria ninguna palabra. Se trataba de una confianza silenciosa, tranquila y reverente en el Mesías. Aquel que siempre profería muchas palabras, quedó sin habla, absorbido con lo que vio.

Al contemplar a Jesús con tal admiración y adora-

ción, el corazón de Simón se abrió al Señor en fe y confianza, pues en aquel momento crucial le fue dada una revelación. El Padre reveló el Hijo a Simón Pedro. Sabemos que eso es verdad por causa de lo que el Señor dice, años más tarde, cuando estaba siendo rechazado por su propio pueblo, sobre la declaración de fe de Pedro, cuando éste confesó públicamente que Jesús era el Cristo. En aquella ocasión, el Señor dijo a Pedro que el hecho de conocerlo como Cristo no tenía su origen en carne o sangre, sino que le fue revelado por el Padre que está en el cielo (Mt. 16:17). Y, ciertamente, esa revelación no le fue dada a Pedro en aquel momento, sino que era una expresión de lo que Pedro experimentó en su primer encuentro con el Señor, cuando su hermano lo llevó al Mesías. Al aproximarse al Mesías en simplicidad y prontitud de corazón, Simón recibió revelación con respecto al Señor.

Sin embargo, siempre será así, porque la voluntad de Dios está oculta a los sabios y entendidos, pero revelada a los niños (Lc. 10:21). La revelación es dada a los simples, aquellos que viven por el corazón y no por la cabeza. Tan luego Simón recibió esta revelación, respondió en la sinceridad y quietud de la fe.

¿Fue muy simple? ¿Y no es así también la manera en que nosotros llegamos al conocimiento del Señor? Si usted tiene un corazón sediento y está buscando al Salvador de la humanidad, y alguien en quien usted puede confiar le presenta al Salvador, entonces venga a él, contémplole, y usted también se convencerá, se arrepentirá y convertirá de la misma manera.

* * *

Notemos que Andrés llevó a Simón a Jesús y no a un sistema o manera de pensar, no a un código moral de comportamiento, ni a una institución religiosa, sino a Je-

sucristo. Cristo es el Salvador. Él es la salvación para el perdido. Y basta que nos encontremos con Cristo y le veamos, para ser salvos. Pues la persona de Cristo es la que atrae y su obra es la que nos salva. ¿Ya le hemos encontrado? Eso resolverá todos nuestros problemas y responderá todas nuestras preguntas.

Una sola visión de Jesús mostró a Simón que él verdaderamente era el Cristo. «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt. 5:8). Una sola visión de Jesús es suficiente para convencernos de que él es el Mesías. Si no lo percibimos es porque nuestros corazones no son puros – porque no lo queremos. Muy frecuentemente nuestra capacidad natural y autosuficiencia forman una obstinada resistencia al conocimiento del Señor. Déjeme preguntarle: «¿Usted ya conoció al Señor? ¿Usted ya creyó en su obra redentora? ¿Confió en su obra consumada en la cruz?». Una simple confianza proveniente de un corazón honesto es todo lo que usted necesita para gozar de todos los valores y méritos de Su redención perfecta. Pero si usted no ve al Señor Jesús con tal corazón, hallará que es difícil creer en él, y su camino hasta él puede ser muy largo, tempestuoso, e incluso peligroso. O su camino podrá ser como el de Saulo de Tarso, que siendo una persona muy compleja, tuvo que pasar por caminos sinuosos y peligrosos antes de ser encontrado por el Señor. Saulo tuvo que quedar ciego y ser lanzado al suelo antes de volverse al Salvador. Pero, oh, cuánto mejor será si usted puede venir a él en la simplicidad y sinceridad, ser llevado por su corazón y no al contrario, ser engañado por su mente. Si usted viene a él y lo contempla, eso resolverá sus problemas. Usted será salvo. El camino es así: simple y natural. Espero que nuestra venida al Señor pueda ser de esa manera, tal como fue con Simón Pedro.

Vimos que Simón contempló cuidadosamente al Señor – observándolo de pies a cabeza y, cuando más lo contemplaba, más se postraba delante de él. Pero debemos observar que, según lo registrado, el Señor hizo la misma cosa. Cuando Simón fue llevado a Cristo, la Biblia nos dice que el Señor Jesús «mirándole, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)» (Jn. 1:42). La Biblia dice que el Señor ‘miró a’ Simón Pedro. Es interesante notar que esa palabra significa observar cuidadosamente. Jesús, en otras palabras, contempló a Simón *atentamente*.

¡Oh, el mirar de nuestro Señor! ¡Aquel mirar penetrante! Él miró hacia adentro del corazón y del propio ser de Simón con *discernimiento espiritual*, y mientras nuestro Señor lo observaba cuidadosamente, vio lo que el Espíritu de Dios estaba haciendo en aquel mismo momento en su vida: «Tú eres Simón, pero serás llamado Cefas – Pedro». Él fue así testigo de que el Espíritu de Dios operó en Pedro la obra de la regeneración, en respuesta a su simple fe en Cristo. Esa obra fue realizada en el espíritu de Simón por el Espíritu Santo, y el Señor lo percibió claramente en su propio espíritu.

Jesús miró también a Simón Pedro con una mirada profética. Al observar a Simón atentamente, él vio que Dios no solamente había hecho algo en aquel hombre, sino que también haría una obra mucho mayor en el futuro. «Tú eres Simón, hijo de Jonás», el Señor habló como diciendo: «Eso es el hombre natural, eso es lo que tú eres en ti mismo, nacido de Jonás, tu padre». Pero el Señor continuó: «Tú serás llamado Cefas – Pedro», o sea, tú serás un nuevo hombre, completamente transformado en una nueva creación, porque naciste de nuevo del Espíritu de Dios. ¿Quién era Simón, a fin de cuentas, sino el hijo de Jonás – aquel que fue hecho de polvo, aquel que es

terrenal y común? Y el destino natural de él ¿no sería ser sepultado juntamente con el resto del mundo — olvidado, un pescador sin ninguna importancia y sin nada en sí mismo? Ahora, sin embargo, tú serás llamado por un nuevo nombre: Pedro, que significa *una piedra*.

Un nuevo elemento pasó aquel día a ser parte de Simón. En vez de permanecer como barro, él se convirtió en una piedra. Una especie diferente de vida entró en su espíritu, y con esa vida, una nueva naturaleza y un nuevo potencial. Él se convirtió en una piedra. Y ahora sabemos que esa piedra ‘viva’ se transformará un día en uno de los doce fundamentos de la Nueva Jerusalén; y si en la mente de Dios él es el primero de la lista de los doce apóstoles (Ap.21:14), entonces, siendo la primera piedra de los doce fundamentos, él será un jaspe (Ap.21:19). ¿Podemos percibir aquí la progresión? De barro él es transformado en piedra, y esta piedra finalmente será transformada en jaspe. ¿Qué es el jaspe? En Apocalipsis 4 vemos que Juan vio la gloria del Señor Dios como si ella fuese un jaspe. ¡Piense en eso! ¡Jaspe – como la gloria del propio Señor!

* * *

Ninguno de nosotros sabe cuál es el potencial y las posibilidades de esta nueva vida. Ninguno de nosotros puede prever lo que Dios realmente puede hacer con alguien en quien él depositó Su propia vida. No nos enorgullecamos de aquello que es natural en nosotros, pues de nada vale. Más temprano o más tarde se desvanecerá, porque su propia naturaleza es pasajera. Pero, si dentro de nosotros recibimos la vida de Cristo, nadie puede decir cuál será nuestro futuro, porque existe allí ese inmenso potencial. Dios podría hacer grandes cosas si sólouviésemos a Su Hijo en nosotros. En otras palabras, la

grandeza no está en nosotros; la grandeza está en Su Hijo. ¡Y cuán glorioso puede ser nuestro futuro cuando creemos en el Señor Jesús!

Por lo tanto, nosotros que somos sólo barro, agradezcamos a Dios porque cuando encontramos a Cristo recibimos Su propia vida. Simón era nada en sí mismo; fue únicamente Cristo quien hizo de él todo. ¡Cuán verdadero es eso con respecto a todos nosotros! Él es aquella Piedra viva y nosotros también fuimos hechos piedras vivas, pues fuimos tallados de esa Roca montañosa. Algo más tarde, Simón Pedro entendió eso perfectamente, pues escribió: «Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1ª Pedro 2:4-5).

Debe observarse, sin embargo, que el Señor no le dice inicialmente cuál sería la utilidad de esa piedra. Solamente después él reveló cuál era el propósito de operar tal cambio en su vida. Más tarde, como se registra en Mateo 16, encontramos que una nueva revelación le fue dada: que esa piedra llegaría a ser parte de una construcción que sería levantada sobre la Roca, Cristo Jesús, contra la cual ni siquiera las puertas del Hades serían capaces de prevalecer. En otras palabras, Simón Pedro llegaría a ser uno de los materiales en la edificación de la Iglesia de Dios.

* * *

Tenemos aquí, entonces, el primer contacto de Pedro con el Señor Jesús: cómo él le llegó a conocer y cómo, por el hecho de haber confiado en él, llegó a ser una piedra. Ese es el punto por el cual todos nosotros debemos

comenzar. Pues, sin la vida, el llamamiento al discipulado es imposible. Dios no puede llamar a alguien para ser discípulo del Señor si la vida divina no está en él. Si queremos ser sus discípulos tenemos que, primeramente, recibir Su vida. No se trata de alguna obra exterior, sino, ante todo, de una transformación interior. Esa es la razón porque, al comienzo de nuestro estudio sobre el discipulado, debemos comenzar con la conversión de Simón Pedro. Una vez que eso ocurrió con Simón mediante la infusión de vida divina, el discipulado se hizo posible.

* * *

Pasemos en seguida al segundo incidente y, para eso, necesitamos mencionar algunos hechos. Juan el Bautista fue apresado y, cuando el Señor Jesús oyó eso, fue hacia Galilea. Él sabía que, de allí en adelante, tendría que sostener solo el testimonio de Dios, ya que Juan había sido retirado de la escena. Jesús sintió que debería reunir a su alrededor algunos discípulos que pudiesen seguirlo, ser entrenados para la obra que el Padre le había confiado, y que pudiesen continuar la tarea después de su partida.

Vemos, por lo tanto, por el registro de Mateo 4, que, un poco después, el Señor estaba caminando junto al Mar de Galilea, y cuando hacía eso vio dos pescadores lanzando sus redes en el agua. Uno de ellos era Simón Pedro y el otro su hermano Andrés. Entonces el Señor se aproximó a ellos y los llamó: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Ellos inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron. La razón por la cual el Señor podía llamarlos para seguirlo era porque ellos ya lo habían aceptado como su Mesías y Salvador. Fue, por tanto, un llamado para el discipulado. No sabemos, sin embargo, cuánto tiempo pasó entre el momento de la con-

versión de Simón Pedro y el llamado al discipulado. Probablemente fueron algunos meses, tal vez medio año; así, al pasar por la playa, el Señor Jesús los vio y los llamó.

¿En qué *consistía* el llamado? Necesitamos leer nuevamente el pasaje que tenemos delante. El llamado fue: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Claramente el énfasis está en «Venid en pos de mí» – en tanto que la frase ‘pescadores de hombres’ sería el resultado. El ministerio siempre es resultado del discipulado. Observemos cuidadosamente que ese no es primariamente un llamado al servicio, sino que se trata básicamente de un llamamiento al discipulado. Sí, obviamente el discipulado *resultará en servicio*; pero debemos comprender que el orden del llamamiento es primero ‘venid en pos de mí’ y, posteriormente ‘os haré pescadores de hombres’. Necesitamos aprender primero y, entonces, tendremos alguna cosa para dar.

Por lo tanto, debemos tener cuidado para no invertir el orden. Frecuentemente, en la vida cristiana, es eso lo que ocurre. Las personas hoy enfatizan el servicio, olvidándose de que solamente el discípulo es el que puede verdaderamente servir. Con frecuencia, luego después de nuestra experiencia de conversión, el primer pensamiento que tenemos en nuestro celo por el Señor es: «Ahora que soy salvo, ¿qué puedo hacer por el Señor?». ¿No es ese frecuentemente nuestro pensamiento? Lógico, Dios conoce nuestros corazones y él aprecia nuestro deseo de servirlo. Sin embargo, más temprano o más tarde aprenderemos que ese no es el orden correcto.

* * *

Recuerdo bien, hace muchos años, durante mi adolescencia, cuando participaba de una conferencia de verano. En aquella época, yo buscaba seriamente la salva-

ción, pues sentía profundamente el peso de mis pecados. En un determinado día de conferencia, oí la predicación del evangelio y, por la gracia de Dios, vine al Señor de forma bien sencilla y encontré alivio de mi carga. ¡Cuán feliz estaba, cuán agradecido del Señor! Eso sucedió el último día de aquella conferencia. Y, conforme a la tradición del medio evangélico de aquellos días, hubo un llamado a la consagración, es decir, un llamado para ser misionero. Todavía puedo recordar mi alegría cuando fui salvo. ¡Cuánto amaba al Señor por haberme salvado! Naturalmente, deseaba darle mi vida y quería servirlo. Cuando el predicador hizo el llamado para la consagración, para el servicio misionero, yo estaba ansioso por responder. El predicador entonces dijo: «Si hay aquí alguien que quiera servir al Señor, venga al frente y apunte en el mapa el lugar donde usted desea servir al Señor» (y mostró un gran mapa de China que colgaba en la pared). Al oír este llamado yo me dije a mí mismo: «Bien, ya que quiero servir al Señor, voy a servirlo en el lugar más apartado y difícil posible». Y así, subí a la plataforma y sin dudar apunté con el dedo a la región de Mongolia y dije que ese era el lugar donde deseaba ir.

En su misericordia, el Señor conocía mi ignorancia. Además de eso, creo que el Señor aprecia tal ignorancia ingenua; sin embargo no debemos olvidar el hecho de que ese es nuestro concepto natural, o sea, naturalmente sentimos que, en nuestra vida cristiana, en primer lugar debemos hacer algo para el Señor. Sí, es verdad, necesitamos hacer algo para el Señor e incluso él mismo espera eso de nosotros. Pero ¿será que estamos preparados para eso? ¿Estamos calificados?

En verdad, procuré prepararme para el servicio, y desde ese día en adelante eso se convirtió en un asunto de la mayor seriedad para mí. Comencé a leer libros sobre

aquella área de China y me propuse aprender a hablar el dialecto mongol. Por un año yo oré diariamente cada mañana: «Señor, estoy yendo para Mongolia, prepárame para eso». Después de haber concluido la enseñanza secundaria, pensé que la única manera de aprender a predicar el evangelio sería pasando por la preparación en una escuela bíblica. Después de haber escogido una escuela, yo dije a mis padres que deseaba ir allá a fin de prepararme. Mas, cuán grande fue mi decepción cuando mi padre simplemente dijo 'no'.

Cómo necesitamos entender que el llamamiento para el discipulado debe *preceder* al llamamiento para el servicio. Veremos que el discipulado es la base para la utilidad y eficacia de nuestras vidas. Como hijos de Dios, recibimos de él todo lo que es necesario para nuestra nutrición y crecimiento. Como discípulos de Cristo, continuamos recibiendo del Maestro, pero ahora, no solamente para nuestro propio bien, sino también para ser vasos adecuados para el uso del Maestro. Recordemos que el orden correcto es primero un discípulo, y entonces un ministro.

* * *

En los tiempos antiguos, un discípulo era diferente de un estudiante. Hoy pensamos que los dos términos son sinónimos: alguien paga una matrícula en una universidad, escuela o instituto, donde un profesor o instructor, pagado con un salario proveniente de esa matrícula, debe instruirlo y enseñarle una habilidad, u oficio o aprendizaje o una profesión deseada. Entonces el alumno se sienta para oír, recibiendo y absorbiendo todo, hasta agotar el conocimiento del profesor. El resultado es que, habiendo aprendido, él llega a ser tan hábil como su profesor; así, él obtiene su diploma y está apto para hacer lo mismo que su instructor hace. ¡Él mismo llega a ser un maestro!

Podemos ver en eso que no existe una relación íntima entre la vida del profesor y la de su alumno. Se trata de una relación entre mente y mente, y no de vida con vida. Todo el proceso se desarrolla en una esfera casi exclusivamente mental. Después de cuatro años o más, la persona deja la escuela habiendo asimilado la mente del profesor, pero su vida permanece siendo la misma. Ese es el método moderno de ser un discípulo y aprender.

Sin embargo, según la Biblia, el discipulado es algo totalmente diferente. Podemos usar una palabra muy común para describirlo, la palabra *aprendiz*. Este término evoca en la relación que existe entre el aprendiz de una profesión y su maestro. Pero ¿qué significa eso exactamente? Bien, digamos que su padre lo coloque a usted como aprendiz de un maestro. Si ese maestro decide aceptarlo como su aprendiz, eso puede ser considerado un privilegio y una honra para usted. Sí, usted tendrá que pagar algo a su maestro, pero eso no es exactamente un salario. No, usted le paga como una forma de honrarlo por haber estado dispuesto a aceptarlo. Con todo, algunas veces un maestro no desea recibir un alumno o aprendiz. Él puede sentir que no tiene potencial, que sería un desperdicio de tiempo invertir en él. En otras palabras, es una cuestión de calificación y no de si puede pagar; lo que él tiene en consideración es si usted puede o no tener éxito como aprendiz, y eso decide la cuestión. El privilegio y honra son suyos por ser aceptado como aprendiz. La honra no es de él, sino suya.

Así, en los tiempos antiguos, cuando alguien se convertía en un aprendiz, esa persona dejaba su hogar. En aquella época, si usted era aceptado como aprendiz, usted dejaría su propia casa, terminaría con todas sus relaciones y se iría a vivir a la casa de su maestro. Estaría con

él día y noche y, tal vez, durante el primer año él no le enseñaría ninguna cosa. Él sólo le ocuparía para ayudar en las tareas de la casa. Por ejemplo, usted podría tener que cargar su bebé, barrer el piso o realizar alguna otra tarea sencilla. Entonces usted tal vez se preguntaría: «¿Qué tienen que ver estas tareas con mi aprendizaje? ¡Yo vine para aprender un oficio!». Pero, en los tiempos antiguos, usted tenía que comenzar *bien desde el principio*. Podía pasar un año entero sin que el maestro le enseñara cosa alguna; usted simplemente ejecutaría aquellos servicios humildes como un siervo para su señor.

Sin embargo, gradualmente el maestro comenzaría a decirle o a mostrarle algo, o a corregirlo en algún asunto. Después de algunos años, cuando terminase su período de aprendizaje, usted descubriría que había aprendido no sólo la habilidad u oficio de su maestro, sino también su forma de ser, su filosofía de vida. No sólo eso, ahora su propia manera de andar y de hablar se asemejaría mucho al de su maestro – habría una reproducción de la vida del propio maestro. La vida y la habilidad del maestro van siendo reproducidas en su aprendiz. Un discípulo no es, por lo tanto, alguien que asimila exteriormente conocimiento y habilidades, sino alguien que, en realidad, está siendo transformado en otro hombre.

* * *

Es interesante notar que el llamamiento del Señor para el discipulado fue hecho a personas ocupadas. Es como si él no necesitase de los desocupados, perezosos o indiferentes. Es instructivo notar que Jesús llamó a Pedro cuando él estaba pescando, llamó a Mateo en la recolección de impuestos, y a Saulo cuando estaba activamente ocupado persiguiendo a los creyentes. Nuestro Señor *escoge* como sus discípulos a aquellos que tienen

potencial y pueden ser entrenados. Aún así, no olvidemos que *todos* los hijos de Dios son *llamados* para ser sus discípulos, pero lamentablemente, no todos atienden. Vemos pues, cuán grande honra es recibir el llamamiento del Señor para el discipulado; y, una vez que lo recibimos, debemos levantarnos y seguirlo – reconociendo cuán grande es nuestro privilegio por haber sido incluidos.

* * *

El llamamiento para el discipulado es, en realidad, bien fácil de ser comprendido. El Señor dice: «Venid en pos de mí; seguidme». Eso es todo. Él no dice: «Siga esto o aquello, vaya tras esto o aquello». El Señor simplemente dice: «Venid en pos de mí» – ¡*Mí!* Así como en la conversión, el discipulado consiste en seguir la persona del Señor Jesús – no un sistema, ni alguna organización, ni un conjunto de enseñanzas o alguna otra persona, sino un Hombre solamente – el Señor Jesús. «Venid en pos de mí» es el llamamiento. Usted no es llamado para creer, seguir o cumplir normas o reglamentos. No es así. Somos convocados para ser discípulos de una persona viva – el propio Cristo. Y porque él está vivo, no es algo fijo o estático, nunca sabemos lo que va a suceder, es simplemente imprevisible. En resumen, usted debe *seguirlo*.

Y así fue que, oyendo a Jesús decir: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres», Pedro dejó su red y siguió al Señor. ¡Tan fácil! ¡Tan simple! El Señor no explicó a Pedro por qué debería seguirlo, ni tampoco le dijo, en esta ocasión, cuál sería el costo. Tampoco le explicó el significado de seguirlo – por ejemplo, Cristo jamás dice algo como: «Pedro, deja tu red y sígueme». Ni siquiera eso. Si usted puede traer su red y seguir a Cristo, está bien. Pero Pedro sabía que no podría. No; el Señor

simplemente le dice que lo siga. Y Pedro dejó su red y siguió en pos de él. ¿Por qué?

Pedro, lógicamente, conocía al Señor, él no le era un extraño. Por revelación divina, Pedro había visto a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente, en quien estaba su esperanza y la esperanza de Israel. Él tenía perfecta confianza en el Señor. Y así, la única razón por la cual Pedro sin dudar pudo dejar todo y seguir al Señor era, simplemente, porque fue atraído por aquella persona que lo llamaba.

Si en la cuestión del discipulado usted se mira a sí mismo o mira a su alrededor, o intenta calcular el costo (*existe* la hora de hacer eso en el discipulado, como veremos más adelante), ciertamente usted dudará: ¿será que el costo es demasiado alto? ¿Será que el Maestro es demasiado riguroso? Esto es algo *difícil*. ¿Cómo puedo entonces responder a su llamado? Sí, es verdad que si sus ojos están vueltos hacia sí mismo o hacia las cosas a su alrededor, es muy difícil responder al llamado. Pero si usted fuere como Pedro, o sea, si usted vio y oyó al Señor, si usted es atraído por la gloria de esa persona, entonces no hay argumento ni cálculo, ni reservas. La respuesta será natural y fácil. Cuando él llame, usted irá. Así se dio con Simón Pedro.

* * *

En este asunto del discipulado *hay* dos aspectos: por un lado, debe haber una cuidadosa consideración; pero, por otro lado, no debe haber duda ni consideración de ningún tipo, pues esta cuestión está más allá de todo eso. ¿Y por qué? Porque usted es atraído por esa Persona. Si el discipulado estuviera basado en cualquier otra cosa que no sea la persona de nuestro Señor Jesús, entonces usted debe realmente calcular el costo, y ciertamente ha-

brá lugar para la duda. Pero, si el discipulado está basado en el propio Maestro, ¿habrá lugar para la consideración? Necesitamos ver que si comenzamos a calcular el costo, estamos deshonrando a nuestro Maestro – Aquel que tanto nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. Aquel que es el Señor del universo, su Redentor, su Rey, su vida, esperanza y todo lo demás. Cuando alguien hace así el llamamiento, ¿qué puede usted hacer sino levantarse prontamente, sin ninguna reserva, y seguirlo?

Por lo tanto, mi oración es que Cristo se revele a nosotros. No nos detengamos en muchos pensamientos: en aquello que debemos dejar atrás, abandonar o renunciar; en cómo nuestra vida será sombría y miserable sin tales cosas; en qué sacrificios tendremos que hacer, o qué será de nosotros después. Permítame decir que si usted piensa de esta forma, usted todavía no ha visto al Señor. Pero si ya lo vio, entonces tales pensamientos ciertamente se desvanecerán. Pues cuando el Maestro llama, usted simplemente va por causa de Él mismo. Ese es el llamamiento al discipulado. Pedro dejó todo y siguió a Jesús. Y descubrió que, lo que abandonara, había sido abundantemente compensado por la compañía de su Señor.

* * *

Pasamos al tercer incidente, registrado en Lucas capítulo 5. Probablemente algunos meses habían transcurrido y, durante ese tiempo, Simón Pedro estuvo siguiendo a Jesús. Sabemos que durante la primera etapa del ministerio del Señor él lo acompañó tanto en Judea como en Galilea, y así, por algunos meses, Pedro fue testigo de muchas cosas que el Señor había hecho y dicho. Asimismo, comprobamos que, de alguna forma, (aunque no sepamos cómo, ni por qué) él estaba pescando nuevamente. Y, más de una vez, el Señor fue a él.

No sabemos si, en los primeros meses del discipulado, había un entendimiento claro entre Jesús y sus discípulos. ¿Sería porque en el inicio de su ministerio, el Señor no exigía que sus discípulos estuviesen siempre con él? ¿O porque Pedro no conocía el pleno significado del discipulado, pensando que podía servir a dos señores al mismo tiempo? No sabemos. Sin embargo, notamos que luego que Pedro recibió el llamamiento para el discipulado, él respondió pronta y decididamente. Pero tomó un cierto tiempo hasta que el pleno significado del llamamiento tomase posesión de su vida. Pues sabemos, por el registro bíblico, que Pedro seguía al Señor la mayor parte del tiempo, aunque a veces no lo hacía. Él era un discípulo inestable. Todavía había otro centro de atracción en su vida aparte del Señor. De manera que fue necesaria otra crisis para estabilizar a Simón Pedro y hacerlo un discípulo permanente – una crisis en su vida, tal como la que veremos a continuación. Veremos que el incidente de la pesca milagrosa aquella mañana memorable movió el centro del corazón de Pedro.

* * *

¿Qué sucedió aquella mañana en que el Señor Jesús lo encontró de nuevo en la playa del mar de Galilea? Leemos que Pedro y sus compañeros habían pescado durante toda la noche y no habían cogido nada. Fue una experiencia muy decepcionante – una larga y fría noche de viento, sin nada que compensase sus esfuerzos. Y allí se hallaba Pedro con su hermano y sus compañeros, todos ellos lavando sus redes a la mañana siguiente. Y fue justamente en aquella mañana especial que Jesús se aproximó y una gran multitud se reunió para oírlo. La multitud era tan numerosa que el Señor dijo a Pedro que apartara un poco la barca a fin de evitar que lo oprimie-

sen. De la barca, entonces, Jesús habló a las multitudes.

Pero después de haber hablado (como si no quisiese utilizar la barca gratuitamente), el Señor ordenó a Pedro: «Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar». Simón debe haber mirado a Jesús con total espanto. Podemos hasta ver la expresión de su rostro, como si estuviese diciendo: «El Señor no es un pescador, ¿y me dice *cómo debo pescar*? ¿Es que el Señor no sabe que yo soy un *experto*? Sin embargo, Pedro respondió: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado». Con esa declaración él tal vez esperaba que el Señor retirase su palabra, o que se retractase diciendo: «Disculpa; delante de la opinión de un experto retiro totalmente mi sugerencia». Sin embargo, Jesús no retiró su palabra. De forma que Simón Pedro, por respeto a su Maestro y por causa de su palabra, hizo conforme el Señor le ordenó.

Necesitamos notar, sin embargo, que en su orden el Señor usó el plural «redes» (v.4). En otras palabras, las dos barcas deberían salir y las dos redes deberían ser lanzadas – no sólo la de Pedro y Andrés, sino también la barca y la red perteneciente a Juan y Jacobo. Pero Pedro usó sólo una barca y una red (v. 5 y 6) y, consecuentemente su red estuvo a punto de romperse. Eso nos indica que Pedro no creyó en el Señor con todo el corazón. A fin de cuentas, si había alguna cosa en la que él era un experto, era en la pesca. Y si él, como un experto, había trabajado toda la noche sin pescar nada, ¿cómo entonces podría un carpintero, que nada conocía de peces, ordenarle que lanzase la red en alta mar para pescar? Sólo le restaba responder fríamente: «Está bien, haremos eso». Pero solamente él y su hermano Andrés lo hicieron, dejando a sus compañeros Juan y Jacobo atrás, pues les parecía que se trataba de una tarea inútil.

Sin embargo, sabemos lo que sucedió. Al lanzar la red en el agua, ella se llenó de peces y casi se rompió. Simón tuvo que llamar a sus compañeros que estaban en la playa para que fueran a ayudarles en la pesca gigantesca. Y fue en ese momento dramático que algo muy extraño sucedió a Pedro.

El evangelio de Lucas registra el hecho de la siguiente manera: «Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (v. 8). Una vislumbre del maestro como Señor hizo a Pedro sentirse tan avergonzado de su corazón pecaminoso que, postrándose a los pies de Jesús, le pidió que lo dejase. Repentinamente sintió la increíble distancia moral que existía entre él y el Señor.

¿Es que acaso Pedro aún no conocía al Señor? Sí, lo conocía. Él lo conocía como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Había sido testigo de muchas de sus obras, y oído muchas palabras dichas por él. Pedro conocía muy bien al Señor; con todo, en cierto sentido, todavía no le conocía. Sí, él llamaba a Jesús su Maestro. Aún así, cuando este milagro sucedió, los ojos de Pedro fueron abiertos como nunca antes. ¡Por primera vez él vio que este Jesús, este carpintero de Nazaret, no era otro que el Señor del universo! ¡Él tenía el control sobre todas las cosas, incluso sobre los peces del mar! Aquel Hombre era en verdad el Maestro, y Pedro comprendió cómo lo había tratado. Puede decirse que Simón durante este período haya estado con el Señor como discípulo por algún tiempo, pero que, teniendo otros intereses, volviera a la pesca. Cuando inicialmente atendió al llamado del Señor en forma resuelta, puede ser que Pedro no supiese lo que el discipulado realmente implicaba, ni supiese de forma genuina lo que eso demandaría de él. Sin embargo, durante los meses de continuo compañerismo que siguie-

ron con el Señor, Simón sin duda, comenzó por primera vez en su vida a percibir —aunque vagamente— algo sobre sí mismo, cómo era él realmente.

Podemos apenas suponer un poco lo que debe haber pasado en el corazón de este discípulo en ese período. Por un lado, probablemente el Maestro debe haber crecido más y más a los ojos de Pedro, pero por otro lado, él mismo disminuía cada vez más. Tal vez, hasta comenzaba a dudar si el Maestro había hecho una buena elección al llamarlo, pues aunque llamase al Señor su Maestro y desease servirlo y ser su discípulo, sin duda, comenzó a percibir que en realidad Jesús no era el centro de su vida, pues él todavía tenía intereses y caminos propios. En suma, él era alguien que se veía continuamente claudicando entre dos opiniones. Consecuentemente, Pedro no podía más sentirse tan seguro de sí mismo. Por un lado, deseaba rendirse completamente; por otro lado, quería desistir. Por un lado, no podía separarse del Señor, pues él lo atraía tanto; pero, por otro lado, no lograba entregarse completamente al Señor porque había otros intereses que lo hacían retroceder. Ahí se encontraba, entonces, un hombre inestable, de doble ánimo, cuyo amor, intereses, y lealtad estaban divididos. ¡Oh, qué gran conflicto espiritual se producía dentro de esa alma! Obviamente, él era un hombre que intentaba servir a dos maestros en vez de uno y, por causa de eso, no era discípulo de ninguno. Para su tristeza, él no había aprendido nada. Todo era un desperdicio de tiempo.

¿No sucede eso en su experiencia? Usted también puede haber respondido al Señor rápida y resueltamente, diciendo: «Sí, Señor, yo te seguiré». Pero, ¿qué sucedió después de comenzar a seguirlo como su Maestro? Gradualmente, usted se fue convenciendo que había otros centros de atracción en su vida que lo enredaban. Usted

comenzó a observar el desagradable hecho de que en su corazón reinaba otro maestro; y descubrió su indecisión en abandonar aquel señorío. Y, como Pedro, su andar se volvió claudicante en seguir al Señor. Lo que usted necesitaba era una crisis que removiese lo más profundo de su ser. Una experiencia como la de Pedro, que sacudiese su conducta y la forma de percibir las cosas.

Cuando Simón reconoció que el Señor sabía más sobre pesca que él, un pescador experimentado, que el Señor era más que un *experto* – por ser Aquel que tiene absoluto conocimiento y control de todas las cosas – Pedro comprendió entonces que Cristo debería ser el Señor de todo en su propia vida, o no sería Señor de nada. Súbitamente, como un rayo de luz, gracias a ese extraordinario acontecimiento, este discípulo titubeante comenzó a comprender el verdadero significado del discipulado. Él vio por fin cuán imposible sería servir a dos señores. Pedro ahora reconoció que Cristo debería ser su *único* Maestro y Señor.

¡Cuánta ironía! Al comienzo, fue Jesús quien lo llamó para ser su discípulo, pero ahora era Pedro quien tenía que decidir si *podría* o no ser discípulo de su Maestro.

Exactamente en este punto, debemos intentar sentir lo que Pedro sintió aquel día. El dijo al Señor: «Apártate de mí, porque soy un hombre pecador». Pero, ¿era realmente ese su deseo? Si hubiese sido así ¿por qué él simplemente no se apartó del Señor? Ciertamente él era libre para hacerlo. Sin embargo, Pedro vio que no conseguía apartarse del Maestro. Jesús, en su gloria moral, lo había atraído de tal forma que, en realidad, lo que le pidió al Maestro fue esto: «Señor, no puedo dejarte; estoy cautivado por ti, aunque soy indigno. Tú me llamaste para ser tu discípulo, pero soy inadecuado. Los últimos meses

demonstraron que no soy leal a ti. No puedo vencer las dificultades que encuentro en mí mismo. Quiero mucho ser mi propio señor, quiero seguir mi propio camino, de manera que no sé qué hacer conmigo mismo. No me atrevo a engañarte diciendo que deseo seguir todo el camino contigo, cuando no soy capaz. Pues veo que hay otros lazos y atracciones que me hacen retroceder. Señor, ¿quieres que alguien como yo sea tu discípulo? Tal vez, al llamarme, tú escogiste a la persona equivocada. Yo soy realmente incapaz. Oh Señor, aléjate de mí, por favor, no estropees tu obra y tu propósito por mi causa. No puedo partir, porque me siento atraído por ti, estoy ligado a ti. Pero Señor, si quieres puedes prescindir de mí».

Ese debe haber sido el sentimiento de este hombre cuando exclamó: «¡Apártate de mí, apártate de mí!» Pedro vio su condición con tanta claridad, que pidió al Señor que se apartara de él, un hombre pecador. Con todo, ¿sería que él realmente deseaba que el Señor lo dejara? Ciertamente no. Pedro debe de haber pensado: «¡Oh, si al menos el Señor no se apartase de mí! – Sin embargo, ¿cómo puedo pedir al Señor que no se retire sabiendo que soy un hombre pecador?». Debe quedar claro que esa declaración no significaba que él no era regenerado, pero sí que era un hombre claudicante, sin sencillez de corazón, con devociones divididas. Exteriormente estaba siguiendo al Señor, pero interiormente no; su pecado era fallar en cuanto a su entrega absoluta. «Soy un hombre pecador», confesó Pedro, «y sólo puedo pedir que te retires de mí, porque es eso lo que merezco. No soy digno».

Si pudiéramos penetrar en las profundidades de los sentimientos de Pedro, tal vez podamos comprender lo que le sucedió. Él no podía dejar al Señor, y así, en su humildad, le pidió que lo dejase, que lo lanzase fuera

como alguien indigno y descalificado para ser su discípulo. Pedro no podía confiar más en sí mismo, estaba inseguro en cuanto a su perseverancia. De hecho, él estaba casi seguro de que fallaría.

A menos que el Señor nos lleve a la misma experiencia de Pedro, temo que nuestro discipulado no pueda ser estable y firme. ¿Se encuentra usted en la misma situación de Pedro? Usted sabe que el Señor lo llamó para ser su discípulo, o sea, él lo llamó para estar con él, para seguirlo y aprender de él, a fin de que usted sea como él. Pero después de haber respondido prontamente, usted comienza a conocer la debilidad de su corazón. Descubre su renuencia en desistir de su señorío sobre sí mismo. Quiere ser su propio maestro y está, así, dividido entre dos lealtades. Y, tal vez, un día, Cristo en su gloria le muestre que él es el Señor de todo. Que él es su Señor. Él demanda que usted le dé toda su devoción, que se rinda totalmente a él, que se ponga en sus manos y permita que él lo moldee de la forma que él desee, pues él es su Maestro. Por un lado, usted quiere más, por otro, no es capaz. ¿Claudica usted entre estas dos situaciones, al punto de orar: «Apártate de mí, oh Señor, porque no soy digno»? Sin embargo, como Pedro, usted no desea que él se retire. Usted todavía lo ama.

Permítame repetir la pregunta: ¿Usted ya llegó a ese punto? Si ya llegó, entonces, mire atentamente lo que el Señor respondió a Pedro. Jesús dijo: «*No temas*; desde ahora serás pescador de hombres» (Lucas 5:10).

* * *

Observemos que, para ser discípulo del Señor, usted no puede confiar en su propia fuerza; ella debe venir de él. Es él quien llama y quien realiza la obra. No depende de usted. No piense que por tener una voluntad férrea,

usted puede ser su discípulo; no presuma que por tener amor natural, usted puede ser su discípulo; no piense que porque tiene algún conocimiento, puede ser su discípulo. Si intenta ser un seguidor de él apoyándose en sí mismo, usted fallará completamente. Si usted intenta por sí mismo rendirse absolutamente al Señor, déjeme decirle que usted no lo conseguirá. Es imposible. Para el hombre es completamente imposible. Sin embargo, usted no necesita tener miedo. El Señor lo conoce. El Señor no espera que usted sea su discípulo en su propia fuerza. Mire, pues, nuevamente, las palabras llenas de gracia del Señor: «No temas, yo estoy contigo; yo haré eso; tú eres apenas barro en mis manos».

Recuerdo una historia en la vida de Jeremías. En el capítulo 18, leemos que el profeta descendió a casa del alfarero y vio a un hombre moldeando barro en su rueda. Cuando él giraba la rueda intentando formar un vaso, éste se quebró en sus manos. Esta es una figura de Simón Pedro en las manos del maestro Alfarero. Pedro, como vaso, fue quebrado justo antes de ser concluido. Como había resistencia y partículas extrañas, Pedro llegó a ser como un vaso roto. Pero de la misma forma que el alfarero en los días de Jeremías, el maestro Alfarero no desechó aquel barro humano, sino que lo tomó de nuevo en sus manos y comenzó otra vez a moldearlo de una nueva forma según le pareció bien.

¡Oh, la habilidad del Maestro! No depende de usted ni de mí, depende de la mano del Maestro. En nosotros mismos somos como barro deforme y arruinado, no podemos ser un buen vaso – estamos rotos incluso antes de ser concluidos, antes de estar preparados para el uso. Así mismo, el Señor dice: «No temas; yo voy a moldearte y haré de ti un nuevo vaso». Cuán reconfortantes deben haber sido esas palabras para Simón. «No temas, Pedro.

No importa lo que tú eres; soy Yo quien haré de ti un pescador de hombres. Como tú mismo percibes, todo fallaría si dependiese de ti. Pero si depende de mí, tú pescarás hombres para el reino de Dios exactamente como hoy pescaste esos peces, sin ningún esfuerzo. Por lo tanto, ponte, tal como tú eres, en mis manos, y yo haré de ti un vaso nuevo».

La destreza del Maestro es demostrada al transformar lo más necio y más indigno en lo más sabio y lo más digno. Todo lo que se requiere del discípulo es una entrega completa y disposición para aprender. Vemos así, que Pedro dejó todo y siguió al Señor. Mediante este acto, el discipulado fue finalmente confirmado y, desde aquel día en adelante, encontramos a Pedro en la escuela de Cristo – en régimen de tiempo integral, totalmente comprometido y siguiendo al Maestro.

* * *

Oh Señor, revélate a nosotros, muéstranos tu gloria. Concédenos que te veamos y oigamos, para que podamos responderte adecuadamente. Revélate a nosotros en toda tu belleza, grandeza y benignidad, para que nos abandonemos completamente delante de ti. Ensancha nuestros corazones con tu amor, Señor, de forma que seamos constreñidos a levantarnos y seguirte.

Como tus discípulos, deseamos que tu imagen sea vista en nosotros. Sin embargo, muéstranos que el ser buenos discípulos no depende de nosotros, sino de ti. Que podamos aprender a abandonarnos en tus manos y permitir que tú nos moldees y des forma para ser vasos nuevos para tu gloria. Pedimos que, al oír tu llamado, no nos dejes escapar, una vez que tú nos has atraído a ti.

Señor, tú conoces nuestros corazones. Sondéanos. Que no pase este día sin que tu Espíritu efectúe algo real

en cada uno de nosotros. Que aquellos que todavía no han oído tu llamado puedan oírlo; que aquellos que están dubitativos puedan verte a ti mismo en toda tu gloria. Pedimos por aquellos que se encuentran temerosos y sienten su indignidad – oh, cautívanos por tu dignidad y haz de nosotros discípulos tuyos.

Oh Señor, esperamos y confiamos en ti. Te alabamos y adoramos, nuestro digno Señor y Maestro. En tu precioso nombre oramos. Amén.

* * *

Capítulo 2

**LA CONDICIÓN DEL
DISCIPULADO**

Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros. (Marcos 10:28-31).

Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irnos también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar; y era uno de los doce. (Juan 6:67-71).

Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo. (Mateo 26:33-35).

Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente. (Lucas 22:61-62).

* * *

Hablamos anteriormente sobre el asunto del llamamiento al discipulado y vimos cuál fue la respuesta de Simón Pedro. Al principio, él respondió prontamente y sin dudar; más tarde, sin embargo, él comenzó a conocer su debilidad en relación al discipulado y fue necesaria una nueva visión del Señor para fortalecerlo y reintegrarlo al discipulado. Y desde aquel día en adelante, por cerca de tres años, Pedro fue un aprendiz del gran Maestro, nuestro Señor Jesús, y lo siguió todo el tiempo. Ya no fue más un discípulo de tiempo parcial, ni un discípulo inconstante. Desde aquel momento en adelante se volvió un seguidor del Señor Jesús de tiempo completo.

* * *

Eso no significa, sin embargo, que después de que el Señor hubo partido, Pedro ya se había graduado en la escuela del discipulado. Ni significa que después de Jesús haber ascendido al cielo, Pedro se convirtiera en un maestro. En un sentido, sí. Si fielmente seguimos al Se-

ñor, llegará un tiempo en que seremos como pequeños maestros bajo el grande Maestro. Pero, en otro sentido, nunca nos haremos maestros, o sea, nunca llegamos a una independencia de voluntad y acción. Discipulado es, por lo tanto, una ocupación para toda la vida (hasta que, cuando Cristo vuelva, estemos completos en él), a pesar de que nos movemos de lo aprendido al deber activo, a fin de ser usados por el Señor para continuar en la tarea que él comenzó. Pero incluso entonces, nunca dejamos de ser un discípulo. En aquellos tres años siguiendo al Señor, Pedro aprendió mucho y, sin embargo, nunca se graduó. Pues, luego de la ascensión del Señor, el Espíritu Santo prometido fue derramado sobre los hombres y, entonces, Pedro pasó a estar bajo *Su* disciplina y entrenamiento. En síntesis, él fue un discípulo toda la vida.

Entendamos claramente que, cuando respondemos al llamado de nuestro Señor, estamos apenas *iniciándonos* en el camino del discipulado. No pensemos que, por responder a Cristo, ya somos perfectos, que poseemos todas las cosas, que somos discípulos probados y maduros. No es así. Cuando respondemos al llamado del discipulado, estamos apenas en el punto inicial. A partir de entonces, estaremos bajo la disciplina y entrenamiento del Señor a través de su Espíritu Santo. Él nos va transformando, moldeando, dando forma hasta que el Maestro sea visto en nosotros. Nunca habrá un día en el cual cesaremos de aprender. Siendo él un Maestro tan grandioso, cuanto más aprendemos de él, más tenemos todavía que aprender. Me gustaría dejar esto claro desde el principio.

* * *

El foco de nuestra atención ahora se vuelve al importante asunto de las varias condiciones o pre-requisitos

que deben estar presentes en nuestro discipulado cristiano. Vamos a descubrir que hay por lo menos tres condiciones básicas que deben ser reales en nuestra experiencia, si esperamos ser buenos seguidores de nuestro Señor Jesús. Para demostrar eso, vamos a examinar diferentes incidentes en la vida de Simón Pedro, los cuales revelan claramente su condición interior como un discípulo de Cristo. Los incidentes que presentamos aquí no están en orden cronológico.

* * *

La primera condición para el discipulado a ser mencionada es la *renuncia*. Debemos dejar todo para seguirlo, porque el Señor nada puede hacer con nosotros mientras estemos presos de nuestra antigua vida. Los viejos hábitos, los viejos lazos, la antigua creación, todo debe ser abandonado antes que él pueda hacer algo nuevo en nosotros. El Señor no pretende meramente reformar o mejorar un poco lo que éramos anteriormente. Él es un Maestro que, cuando nos toma en sus manos, nos hace completamente nuevos. Es su tarea transformar al aprendiz a su propia imagen. No se trata, pues, del perfeccionamiento del antiguo, sino de una creación totalmente nueva. Eso exige un abandono total. Por lo tanto, tenemos que dejar todo y seguirle. Ese es el secreto del éxito.

Alguien correctamente ya observó que ese abandono y renuncia son más una actitud del corazón. Es verdad que el aspecto de renuncia de bienes materiales es importante. En el caso de Simón Pedro, él dejó literalmente todo y siguió al Señor. Su barco, sus redes, su familia fueron colocados en el altar y el Señor podía hacer lo que deseara con él. Vendrían días en que Pedro debería dejar su barco, su pesca y su familia atrás, a fin de seguir a Jesús. Él realmente abandonó sus bienes materiales.

Aun así, en el caso de Pedro, su renuncia fue, por excelencia, una actitud del corazón, o voluntad. Sí, materialmente, él dejó todo y siguió al Señor. Sin embargo, todavía tenía su familia, y muy probablemente poseía su barco y redes. El abandono, si es real, *debe ser primero y sobre todo, en el corazón*. Naturalmente, tal abandono conlleva una expresión material, de manera tangible. De otro modo, el corazón nunca puede realmente ser libertado del compromiso con las cosas materiales. El registro del evangelio sobre el joven rico puede servir como una buena ilustración aquí (Marcos 10:17-22).

* * *

Cierto día, un joven rico se acercó al Señor Jesús. Él corrió y se arrodilló delante de él, en medio de la multitud. Eso no fue algo fácil de hacer. Si usted ocupa una posición importante o tiene alguna riqueza, ¿haría lo que ese joven hizo? Entre la multitud él corrió y se arrodilló delante de Jesús, haciendo aquella pregunta inquisitiva: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». Él llamó a nuestro Señor de Maestro y le preguntó: «¿Qué haré? Yo quiero ser un discípulo, quiero aprender de ti; por lo tanto, sólo dime y yo lo haré». ¡Ah, el fervor de este joven! Y Jesús respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios». Si tú quieres la vida eterna, si tú quieres ser perfecto, guarda los mandamientos. El joven respondió: «¿Cuáles mandamientos?». A lo que el Señor replicó: «Honra a tu padre y a tu madre», y así los demás. Dijo, entonces, el joven: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud». ¿Él era honesto? Sí, era bastante honesto. ¿Era sincero? Lo era. El evangelista dice que el Señor Jesús, mirándole, le amó. ¡Qué mirada fue aquella! El Señor lo contempló interior y exteriormente, y vio su corazón. Cristo no es engañado por

las apariencias. Él nunca puede ser engañado por palabras o expresiones. Así, sus ojos penetraron hasta el corazón del joven, y entonces habló: «Si quieres realmente ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalos a los pobres, entonces ven y sígueme».

¿Por qué el Señor fue tan severo con este joven? ¿No tenía acaso el deseo de seguirlo? ¿No expresó el deseo de ser un discípulo? Nuestro Señor debería haberse alegrado por tener tal hombre como su seguidor; un hombre rico, un hombre joven, un hombre de posición. Sería un privilegio y honra para el Señor tener tal persona como discípulo, porque Jesús era apenas un carpintero y un ‘iletrado’. Con todo, el Señor colocó delante de él una condición muy difícil: «Anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y después ven y sígueme». ¿Por qué? Ciertamente no era por causa del dinero, pues el Señor le dice que lo dé a los pobres. Él no lo quería. La razón por la cual el Señor dijo: «Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres», era para libertarlo, liberando el corazón del joven de aquello que lo ataba. Por otro lado, el Señor nunca necesitó decir una palabra tan dura a Simón. Él simplemente lo llamó: «Sígueme», y Simón lo dejó todo. ¿Por qué? Porque su corazón estaba libre de cualquier estorbo, y Jesús conocía la condición del corazón de Pedro. Pero, al joven rico, el Maestro tuvo que hablar de forma diferente y más drástica, porque él sabía que, en su corazón, este joven amaba más el dinero que cualquier otra cosa.

* * *

El Señor le pide renuncia, no porque desea algo de usted. Él mismo lo posee todo, él tiene mucho más para darle, de lo que usted puede darle a él. El Señor le habla de renunciar, porque sabe que las cosas lo atan, enlazan su

corazón, haciendo de él un siervo o esclavo. En otras palabras, por causa de eso usted no es libre. Y porque usted no es libre, él no tiene libertad de hacer cosa alguna con usted. La renuncia tiene como fin su liberación. Y, una vez que usted es libre, Cristo entonces le dice: «Ven y sígueme».

¿Existe algo que ata su corazón hoy? ¿Existe algo que lo amarra como esclavo? Si existe, esta es la palabra del Señor: «Deja eso, abandónalo, y haz algo en ese sentido, disponte para soltarlo, y después ven y sígueme». Pero el joven rico se retiró muy triste. Él quería ser un discípulo, pero no podía, porque su corazón estaba preso en las garras del amor al dinero. Él prefirió tener sus riquezas que tener la vida eterna. Usted puede decir: «¡Qué necio!». Pero ¿somos realmente más sabios?

* * *

Inmediatamente después, el Señor dijo (v. 23) que era muy difícil para un hombre rico entrar en el reino de Dios. Y esta palabra sorprendió a los otros discípulos. Ellos pensaban que, cuanto más se tiene, más fácil es entrar en el reino de Dios, y cuanto menos se tiene, más difícil es. Pero Jesús dijo que es difícil para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios. Y, por tanto, los otros discípulos se preguntaron: «¿Quién entonces puede entrar? Si el rico no puede, si aquellos que tienen no pueden, entonces nosotros que somos pobres y nada tenemos, no tenemos alternativa». A lo que el Señor respondió con estas palabras: «Para los hombres es imposible, mas para Dios no».

Tal fue la reacción de los discípulos. Ahora, escuchemos a Pedro (v. 28; cf. Mt. 19:27). Él dijo: «Señor, he aquí nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. ¿Qué ganaremos?». Exactamente aquí, vamos a hacer una pausa y considerar por un momento. De hecho, Pedro

había renunciado y seguido al Señor. Su corazón, como vimos, estaba libre de todas las cosas. Con todo, observe cuán impuro era su corazón, cuán confusas sus motivaciones. En verdad, él había dejado todo atrás, pero esperaba algún tipo de recompensa. Había trazas de mercenario en él. En otras palabras, tenía un espíritu de mercader. Él no era de ningún modo como el joven rico que calculó el costo y concluyó que su fortuna era más de lo que Jesús podía ofrecer, prefiriendo, entonces, mantener su riqueza antes que seguir al Señor. Pero Pedro era más inteligente. Él calculó, pensó para sí mismo, y dijo: «¿Qué tengo yo? Un barco, unas redes. Oh, en toda mi vida de pesca yo no conseguiría hacer fortuna. Pero el Señor es el Señor de todo. Si él quiere peces, los peces vienen; si él quiere pan, el pan aparece. Eso es muy bueno. Yo voy a dejar todo, Señor, y te seguiré. Mas ahora, ¿qué voy a ganar?». ¡Qué espíritu!

* * *

Frecuentemente, cuando el Señor nos llama para seguirlo, nosotros comenzamos a calcular el costo. E incluso después de dejar algo por el Señor hay un espíritu de sacrificio en nosotros: ¡A cuántas cosas renunciamos por él! ¡Cuán heroicos somos! ¡Qué sacrificios hicimos por el Señor! Y, por desear renunciar a todo por Cristo, descubrimos que estamos esperando algo a cambio y diciendo algo así como: «Señor, ¿y ahora? Yo dejé varias cosas y, ahora, simplemente te olvidas de eso? ¿No voy a recibir alguna retribución?». Déjeme decirle que, si nuestra renuncia es hecha con ese espíritu, no tiene mucho valor.

El Señor dice: «Si dejaren todas las cosas y me siguieren, yo los recompensaré en este siglo cien veces más, con persecuciones, y, en el venidero, la vida eter-

na». Como alguien ya dijo, el Señor nunca quedará deudor de alguien. Es así la libre gracia de Dios. Con todo, observe que Jesús continuó con una parábola (cf. Mateo 19:30-20:16) que terminó con estas palabras: «Por eso, muchos primeros serán postreros; y los postreros, primeros». El principio que debemos recordar aquí, es simplemente este: en ese acto de renuncia, no piense que, por haber dejado algo por el Señor, usted le dio gran honra, o le aumentó algo, y, por tal sacrificio, él debe retribuirle de alguna manera. Oh, que nunca sea ese su espíritu. Si usted hace así, será, sin duda, el último.

No sea un mercader con el Señor. En el trato con él, no puede haber ninguna idea de sacrificio. Tiene que ser una cuestión de puro amor. ¿Por qué dejamos todo y le seguimos? No porque él exige, sino porque él ama. Amor, y no recompensa, debe ser la actitud del corazón en la renuncia. Cuán agradable habría sido para Jesús, si la renuncia de Pedro estuviese basada solamente en su amor por el Maestro y no por alguna expectativa de recompensa. Dejar todo sin esperar nada a cambio debe ser la norma de la renuncia.

En nuestra experiencia como discípulos, siempre que el Señor indica una cierta cuestión, diciendo que es necesario abandonarla si queremos ser sus discípulos, ¿no es verdad que luchamos y calculamos el costo, sintiendo que se trata de un gran sacrificio? ¿Por qué? Porque nuestros ojos están sobre la cuestión en sí. Cuanto más usted mira hacia ella, más ella va aumentando, hasta llenar el mundo. Se hace cada vez más difícil abandonarla. Pero, cuando el Señor trata con usted y se manifiesta a usted, cuando de alguna forma usted recibe una revelación de él mismo, esa cuestión se va. Y cuando ella se va, usted no queda con ningún sentimiento de sacrificio. Al contrario, usted se inclina delante de Cristo y dice: «Señor, ¿es eso

un sacrificio? Yo nada tengo que sacrificar. Ante tu amor no existe nada que pueda ser llamado por ese nombre. Si yo veo en eso un sacrificio, será en verdad una deshonra para ti. Tú que me diste todo a mí (¡y todo es tuyo!), simplemente deseas que yo deje algo para mi bien, a fin de libertarme, para que puedas tener libertad de obrar más profundamente en mi vida. ¿Cómo puedo yo, entonces, llamar a eso sacrificio?».

Si verdaderamente nosotros conocemos al Señor, no hay sacrificio. Solamente cuando nuestros ojos están puestos en las cosas que vamos a dejar es que ese sentimiento se vuelve grande. Pero, si nuestros ojos están en Cristo y si él nos atrae y se revela a nosotros, entonces no hay sacrificio. Y porque no hay sacrificio, no hay comercio. No esperemos que el Señor retribuya ni en calidad ni en cantidad. El Señor va a recompensar, pero eso depende de él. No esperemos por eso. Por el contrario, notemos que es una cuestión de amor.

No abriguemos ningún tipo de complejo por el cual digamos: «Oh, el Señor es un Señor duro; él exige demasiado. Yo tengo que dejar esto y aquello. ¡Qué sacrificio! ¡Sí, él me va a retribuir cien veces más, pero él dice que es con persecuciones! ¡Sí, él me dará, en la era venidera, la vida eterna; pero, ¿en cuanto al siglo presente? ¿¡Muerte!?».

¡Qué tipo de mentalidad podemos tener! No desarrolle un complejo así. Alégrese cuando él dice: «¡Déjalo!». Es un gran privilegio. El Señor nos honra al llamarnos a renunciar, porque él nos quiere; él no nos pone de lado. ¡Él desea recibirnos como sus discípulos!

* * *

Una segunda condición implicada en el discipulado es el *compromiso*. Si usted no está plenamente comprometido para con un maestro, él no puede transformarlo.

Los estudiantes modernos escogen su profesor. Si no les gusta, entonces la próxima vez cambian de profesor. Pero como un discípulo del Señor Jesús, usted no puede hacer eso. O usted sigue todo el camino teniéndolo como su Maestro, o usted desiste, y eso es el fin.

Cuántas veces pensamos que estamos entregados a Cristo, pero solamente nos rendimos a él hasta donde nos conviene. Cuando su voluntad y camino comienzan a entrar en conflicto con nuestra voluntad y nuestro camino, estamos prontos a despedirnos y partir. Eso no es compromiso. Compromiso pleno es otra condición muy importante del discipulado. Tenemos que confiarnos al Señor para lo mejor y para lo peor, para la vida y para la muerte.

Observe a Pedro. Cierta día el Señor hablaba a muchos de sus discípulos (vea Juan 6, especialmente v. 60) y les decía algunas palabras duras y difíciles. Tan duras que algunos de los oyentes lo dejaron. Y volviéndose a los doce, el Señor preguntó si ellos también querían retirarse. Y aquí Pedro brilló. Él respondió: «Señor te hemos conocido a ti y nos confiamos totalmente a ti. Otros pueden irse, pero nosotros no tenemos dónde ir ni a quién ir. Estamos presos a ti, para lo mejor y para lo peor. Quemamos nuestros puentes detrás de nosotros, y no tenemos opción, excepto proseguir contigo. Con todo, no somos impelidos en este camino por sentirnos conmovidos, sino por una perspectiva brillante: Tú eres Aquel que tienes palabras de vida eterna. Son palabras duras para la carne, admitimos, y no son fácilmente entendidas; aún más, son imposibles de ser vividas por nuestra carne. Sin embargo, son palabras de vida eterna, y es eso lo que necesitamos y debemos tener en cuenta. Así, estamos comprometidos contigo y con tus palabras. Tu interés es nuestro interés. Y nos vamos a apegar a ti». ¡Qué declaración de pleno compromiso!

Sin embargo, ¿será eso algo de lo cual Pedro o cualquier otro discípulo se puedan enorgullecer? De ningún modo. Porque inmediatamente después de la afirmación dramática de Pedro, de compromiso con el Señor, leemos que Jesús le respondió diciendo: «¿No os he escogido yo a vosotros los doce?» (versículo 70). ¡Es Jesucristo quien escoge a Pedro y a los demás, y es él quien los lleva a tal compromiso! ¡Bendito sea su Nombre!

Es lamentable, sin embargo, que tan pocos sepan algo respecto de este compromiso. Hay muchos discípulos hoy que, cuando el Señor no los satisface, simplemente desisten y se van. Parece que ellos tienen muchos caminos para seguir y muchos lugares donde ir. «Pero, ¿y en cuanto a ti?», es la pregunta de nuestro Señor. Sí, algunas veces usted tendrá problemas, enfrentará palabras duras, palabras que usted realmente no entiende, exactamente como Pedro no entendió aquel día lo que el Señor había dicho. A pesar de eso, Pedro se comprometió totalmente.

Usted sabe, nuestra mente es orientada de manera tan materialista; estamos casi siempre pensando en términos de ropas, abrigo o alimento. Exactamente como los cinco mil, a quien el Señor alimentó con pan, y a quienes intentó conducir en dirección al Pan del cielo, a comer y a beber de él. Eso sería espíritu y vida para ellos y para los discípulos. Pero, al intentar conducirlos hacia los aspectos espirituales y morales de la salvación y de la vida, encontró una creciente oposición de la naturaleza materialista del hombre caído. Muchos discípulos no comprendieron, pues consideraron esas palabras muy difíciles.

Pero, ¿será que somos diferentes? Cuando el Señor procura apartarnos de lo que es material y terreno hacia

las cosas espirituales y celestiales, a veces no conseguimos comprender, pues estamos demasiado ocupados con lo que es terreno. Las cosas que son palpables son las que consideramos reales. Siendo así, cuando el Señor procura sacarnos de lo tangible a lo intangible, de lo transitorio a lo permanente, no podemos comprender. Además de eso, mucho de lo que sucede en nuestra vida no conseguimos comprenderlo en el momento que nos ocurre. ¿Quedamos escandalizados? ¿Nos sentimos heridos? Si no nos volvemos totalmente a Cristo, quedaremos escandalizados y, consecuentemente, nos marcharemos. Pero, si somos de aquellos que están confiando plenamente en el Señor, entonces, por un lado quedamos escandalizados, mas por otro lado no. Podemos no entender, pero todavía quedamos firmes en el camino que está delante de nosotros. Nos apegamos al Señor y a sus caminos. No hacemos como muchos discípulos de Jesús que se retiraron, dejándolo en aquel día. Exteriormente habían seguido al Señor, pero interiormente no. Ellos no se confiaron a él; sino, al contrario, se comprometieron con su propio egoísmo. Ellos lo seguirían si todo fuese de su agrado y si es que pudiesen conseguir algo para sí mismos. Pero estaban prontos a separarse de Jesús en caso de que el camino se hiciese muy duro.

Muchas veces, en nuestra experiencia espiritual, sentimos que probablemente llegó la hora de la separación, que es demasiado difícil. El camino del Señor es demasiado extraño, no lo entendemos, no podemos proseguir. Sin embargo, al mirar alrededor, simplemente no hay salida. Y así quedamos firmes. Y eso significa «muerte» para nosotros; «morimos» porque no hay otro camino. Simplemente tenemos que proseguir con él, suceda lo que suceda. Eso es compromiso. Esa actitud era real en el caso de Pedro. Él se apegó al Señor. Otros

podían partir, pero él no, porque no existía otra persona a quien él pudiera ir. Estar plenamente comprometido con el Señor también es una condición fundamental para el discipulado.

Naturalmente, ese compromiso no puede dejar de ser severamente probado. El enemigo de nuestro Señor y de todos los creyentes hará todo para intentar frustrar o quebrar tal apego absoluto a Cristo. Él hará lo mejor para intentar instigar a su viejo aliado, la carne, a fin de causar el colapso de ese compromiso. Pedro mismo fue severamente probado y hallado en falta.

Usted recordará cómo Pedro, al fin de la vida terrena de Jesús, confiando en su carne, fracasó terriblemente. Al decir que todos tropezarían y se escandalizarían de él, que serían como ovejas esparcidas cuando el Pastor fuese herido, nuestro Señor estaba efectivamente diciendo que el compromiso de Pedro para con él estaría en completo colapso. Aun declarando lealtad y compromiso («aunque vengas a ser un tropiezo para todos, nunca lo serás para mí»), aun insistiendo con vehemencia que, aunque fuese necesario morir con Jesús, él no lo negaría (Marcos 14:27-31), Pedro tropezó con su carne y negó al Señor tres veces. La respuesta de este discípulo a la mirada de su Maestro, que le recordó su predicción, fue salir de su presencia y llorar amargamente.

Pedro percibió plenamente cómo había fallado en relación al Maestro en su compromiso. Reconoció la fragilidad de su carne y cuán indigna de confianza era. En ese momento, sin embargo, a pesar de haber sido alcanzado por el enemigo, el Señor oró por él para que su fe no faltase (Lc. 22:31-34). Podemos ver cómo este discípulo fue maravillosamente restaurado más tarde en aquella conmovedora escena registrada en Juan 21. De ahí en adelante, su compromiso fue definitivo y permanen-

te. No hubo más inconsistencia, porque Pedro, ahora, no confiaba más en la carne, sino en el conocimiento que su Señor y Maestro tenía de él: «tú sabes que te amo» (vers. 15).

* * *

Algo bastante lamentable que se ve hoy en la cristiandad es cómo los creyentes se escandalizan muy fácilmente, mucho más que Pedro, y luego dejan al Señor. Eso sólo revela que ellos no están completamente entregados a Cristo; están comprometidos hasta un determinado punto y si el Señor desea ir más allá de ese punto, ellos dicen: «No, no. Mi compromiso sólo llega hasta aquí». Sin embargo, recordemos que si no estamos comprometidos con el Señor, él no estará comprometido con nosotros. Él sólo está completamente comprometido con aquellos que están completamente comprometidos con él. Si no estamos comprometidos, el Maestro no nos unirá a sí mismo. Él permitirá que sigamos nuestro propio camino. El Señor no está en busca de una multitud ingobernable. Él busca un ejército disciplinado. Permítame preguntar: «¿Cuánto ha entregado usted al Señor? ¿Cuánto consigue usted comprometerse con él y cuánto él puede comprometerse con usted?

* * *

Eso es compromiso, pero sólo estamos en la etapa inicial del discipulado. *El proceso de transformación sólo puede comenzar negativamente con la renuncia y positivamente con el compromiso.* En otras palabras, la escuela del discipulado realmente comienza aquí. Ahora comenzó la clase. Hoy usted puede comenzar a colocarse bajo la disciplina y el entrenamiento del Señor, y dejar que él lo transforme en un discípulo suyo. Tal vez muy

semejante a Simón Pedro en el comienzo. Y en los tres años siguientes encontramos al Maestro corrigiendo, disciplinando, entrenando, instruyendo, enseñando, moldeando, formando y transformando a este hombre Simón. Durante tres años completos, no pasó ningún día sin que el Señor trabajase en este discípulo. E incluso después de tres años, el Espíritu Santo continuó la disciplina y el entrenamiento de este seguidor del Maestro.

Cuando usted lee los cuatro evangelios, comienza a percibir que Pedro era aquel a quien el Señor más tuvo que tratar, y con más severidad que a los otros discípulos. Eso sucedía porque él era un hombre honesto. Pedro era franco y abierto, incapaz de ocultar sus sentimientos. Y por causa de su naturaleza expansiva y extrovertida, él fue muy disciplinado por el Señor.

* * *

A veces, al leer los evangelios, dan ganas de decir: «Bien, Simón, ¿por qué no eres un poco más inteligente? Sé un poco más cauteloso y menos franco. Así probablemente recibirás menos reprensiones. Pedro, ve a los otros discípulos. Cuando ellos no concuerdan, o tienen opiniones diferentes, o cuando tienen algo que decir, ellos no expresan eso al Señor, sino murmuran entre sí. Con todo, Simón Pedro, tú eres un tonto al decir siempre todo lo que piensas; ¡y haces eso delante del Señor! Y por eso le das oportunidad de decirte cosas tales como: "¡Apártate, Satanás!". Ah, Pedro, ¿por qué no eres un poco más inteligente, como los otros?».

Nosotros, como los otros discípulos, nos sentimos más seguros cuando nos ocultamos más, y aprendemos a ser más reservados y menos abiertos y francos. Frecuentemente hay algo que sucede, pero nosotros no decimos ni siquiera una sola palabra. O entonces, cuando se hace

necesario decir una palabra sobre el asunto, hablamos con los amigos, pero nunca con el Señor. Y, de esa forma, nunca entramos en dificultades. Sin embargo, parece que Pedro estaba en constantes dificultades con su Maestro. Él estaba en desacuerdo con el Señor y el Señor con él todo el tiempo. Parece que Pedro era el discípulo-problema. Los otros discípulos no eran problema, pero él era la «oveja negra» en la «familia» del Señor.

Sin embargo, debemos observar esto: si Pedro hubiese sido más inteligente que los demás e intentado esconderse del Señor, ¿habría sido transformado de esa forma? No, él se habría privado de aprender lecciones preciosas en muchas oportunidades. Notemos que el Señor se deleita con la honestidad en el hombre interior. El Señor no encuentra placer en algunos de nosotros, porque él no tratará con un corazón deshonesto y ambiguo. Si una persona desea esconder algo del Señor, él dirá: «Está bien, puedes esconderlo. Yo estoy viendo, pero prosigue y escóndelo». Él no puede hacer nada más por aquella persona. Si, en cambio, alguien es honesto y abierto para con el Señor, él puede operar en su vida.¹ Si alguien desea realmente que el Maestro le enseñe, debe ser transparente delante del Señor, no escondiéndole nada, sino contándole todo. No seamos demasiado abiertos ante los hombres, pero delante del Señor estemos todos deseosos y preparados para ser expuestos, corregidos y, si fuere necesario, disciplinados. Se sabe que aquel que aprende más y más rápido es aquel que es más corregido. ¿No es así? Por eso, no sea demasiado 'inteligente'. He descubierto

¹ Debe quedar claro que no estoy apoyando la idea de que el tipo de temperamento de Pedro es mejor que los demás. De ningún modo. Dios nos hizo con temperamentos diferentes y, por causa de esta variedad, no debe existir el sentido de bueno o malo, o correcto e incorrecto, ligado a los diferentes tipos de personalidad que él creó.

que hay muchos hombres y mujeres inteligentes hoy, incluso entre los creyentes. Son inteligentes en el sentido humano, pero necios en lo que se refiere a Dios.

Por el hecho de haber sido Pedro tan abierto y franco con el Señor, fue muy disciplinado por él. Gracias a Dios, porque Cristo trató con él así; fue por su gracia. Si el Maestro nos dijese: «Voy a dejarte por tu propia cuenta», sería nuestro fin. Pero él desea incomodarse con nosotros y con nuestros problemas, como hizo con Simón Pedro; entonces alabemos al Señor y agradezcámosle por su gracia. Muchos cristianos son tan buenos en encubrir sus dificultades delante del Señor, que él tiene que dejarlos solos, diciendo: «Muy bien, si tú eres tan bueno en ti mismo, continúa así». Y los deja ser ‘buenos’ por sí mismos. Sin embargo, él va a revelar y descubrir mucho de lo que está en nosotros, si tan solamente puede encontrar en nosotros personas transparentes delante de él.

* * *

Finalmente llegamos a la tercera condición del discipulado, la *auto-negación* y *el tomar la cruz*. Déjeme decirle que abandonar todo o profesar compromiso total no es una tarea difícil, relativamente hablando. Usted puede dejar todo, usted puede incluso decir: «Yo entrego todo al Señor», sin embargo, creo que usted concordará que lo más difícil es que aquello que está dentro de usted sea expuesto y tratado. Si la vida del ‘yo’ no estuviere siendo negada, entonces ni la renuncia de cosas exteriores ni el pleno compromiso con el Señor tendrá ningún valor espiritual permanente. Pero tarde o temprano estas cosas exteriores retornarán, y el compromiso se deshará.

Notemos que nuestra completa renuncia y dependencia del Señor son sólo indicaciones de nuestra prontitud y seriedad en responder al llamado. El proceso más

práctico y diario del verdadero discipulado es llevar la cruz. En eso consiste el verdadero entrenamiento. Aquello que está en nuestro viejo hombre, y 'yo' natural, debe ser revelado y expuesto continuamente en la luz de Cristo. El camino y la voluntad de Dios dejarán en evidencia nuestros propios caminos y voluntad, que están ocultos, entrando en choque y luchando uno con otro. Ellos se cruzan en sus trayectos y, siendo así, forman la cruz que debemos llevar.

* * *

En esta cuestión del entrenamiento de los discípulos, debemos reconocer de manera clara que no se trata de un intento de desarrollar alguna habilidad, conocimiento, o medios y formas de hacer cosas. No, de ninguna manera. Esos son los aspectos de menor importancia del discipulado. El entrenamiento de un discípulo no es primordialmente una preocupación exterior, sino que es, antes que nada, un asunto interior. Mis manos no son habilidosas porque nunca fueron entrenadas. En China, por ejemplo, los pequeños, en sus familias, no hacen ningún trabajo manual y, por eso, más tarde, no saben cómo hacerlo. A pesar de eso, aunque mis manos no sean habilidosas, aún pueden ser entrenadas. Pero si mi voluntad propia fuere obstinada, mi maestro no puede adiestrar mis manos. Si la persona que entrena mis manos me dice que las mantenga en cierta posición y yo respondo: «¿Por qué? Yo encuentro que mantenerlas de otra forma es mejor», ¿cuál será el resultado? No importa quien sea su maestro, él no será capaz de entrenarlo. Delante de tal obstinación, autosuficiencia y egocentrismo, será imposible a cualquier maestro adiestrar sus manos. Él acabará diciendo: «Está bien; siga su camino». No, no es una cuestión de manos, algo exterior; es una cuestión de alma, la vida del 'yo' que habita en nuestro interior.

En esencia, ese es el problema en el discipulado. El mayor impedimento para seguir al Señor reside en nosotros mismos. Si Cristo tuviera permiso para tratar con la vida de nuestro 'yo', él entonces podrá hacer cualquier cosa con nosotros, que es exactamente lo que encontramos al final de la historia de Simón Pedro. El Maestro, ahora con permiso para hacer así en la vida del discípulo, va a lidiar con su alma hasta que la vida del 'yo', disminuyendo continuamente, finalmente dé lugar para que Cristo reine cada vez más en él. Cuando eso sucede en la vida de este hombre, ocurre una gran transformación. Con cada experiencia de tratamiento, Simón Pedro es traído más cerca del corazón y el espíritu del Maestro. Y eso es el verdadero discipulado.

* * *

Vamos a observar más de cerca la vida de Simón Pedro, a través de algunos incidentes que ocurren después de la pesca milagrosa. En Mateo 16:21 está lo que deseamos considerar primero. Surge una situación en que Cristo declara que debe ir a Jerusalén para morir allá. Simón Pedro habla inmediatamente sin pensar: «No, Señor. Debe haber otro camino. Tú no necesitas ser tan necio. Tú puedes obtener la corona y el trono sin la cruz. Sé bondadoso contigo mismo». Este discípulo tiene su propio razonamiento, que es un producto de su propia mente. Pedro aquí revela ser una persona de mentalidad propia, independiente del Señor. Aunque parezca, a primera vista, que él habló con buenas intenciones, en un examen más cuidadoso queda claro que, detrás de sus palabras, estaba su consideración propia. Su mente no estaba en los intereses del Señor, sino en sí. Eso queda en evidencia al final, cuando él negó al Señor básicamente por ser demasiado bondadoso consigo mismo.

La mentalidad de Pedro brotaba de su propia vida y no de la vida de Dios. Y él incluso intentó imponer sus ideas egoístas a su Señor. Estaba decidido a transformar a su Maestro en vez de ser conformado a él. ¡Qué contradicción de discipulado! No es de admirar que el Señor haya tratado con Pedro tan dura y drásticamente, pues eso es algo que debe ser eliminado inmediatamente. Jesús declaró: «¡Quítate, Satanás! Tú me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Es Satanás quien está insuflando en su mente, pues Satanás es siempre la fuerza detrás del ‘yo’.

* * *

En otra ocasión, el Señor llevó a tres discípulos al Monte de la Transfiguración (vea Mt .17:1-7). Pedro levantó los ojos y vio allí a Moisés y Elías junto a Jesús, y eso fue para él algo excepcional. Él estaba disfrutando a tal punto de la compañía de Moisés, de Elías y del Señor que no deseaba que ellos se fuesen cuando mostraron señales de que iban a hacerlo (Lc. 9:33). Pedro pensó: «Esta escena es muy grandiosa; no puede acabar tan pronto». Él no sabía lo que decía; pensaba que tenía que decir o hacer algo rápidamente, si no, ellos se irían. Fue entonces que él habló una vez más sin pensar, pero esta vez fue muy astuto. Mire lo que él dijo: «Hagamos tres enramadas, Señor; una para ti, naturalmente, pero también una para Moisés y una para Elías». Con eso él quería decir que podría disfrutar para siempre de aquel placer. Era un caso de *autosatisfacción*. Él estaba apreciando tanto aquella escena que deseaba perpetuarla. ¿Y para qué? Para sí mismo. Sin embargo, él se olvidó que había personas en el valle que necesitaban al Señor. Aquí vemos el egoísmo manifestándose nuevamente.

Pero, inmediatamente, su sugerencia fue interrumpida por el Padre. Dios reprendió al discípulo, llevándose a Moisés y Elías inmediatamente. Siendo franco, creo que ellos partieron más rápido aún, por causa de lo que Pedro dijo. Entonces la voz celestial respondió a Pedro: «Este es mi Hijo Amado, en quien me complazco. ¡A él oíd!» Como discípulo, Pedro debería oír y no hablar. Él debería aceptar todo lo que se le diese y abandonar cualquier cosa que le fuese quitada. Sin embargo, su sentimiento de deleite propio era demasiado grande como para permitirle quedarse callado.

* * *

Aun otra situación viene a nuestra mente (vea Mateo 17:24-27). Aquí, Pedro asume el lugar del Maestro. A él le gustaba ser la cabeza, porque eso estaba en su naturaleza; él era un líder innato que tomaba decisiones rápidas e independientes. Esta vez, algunos hombres que cobraban los impuestos del templo fueron cierto día donde Pedro y le preguntaron: «¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?». «Sí, naturalmente», respondió Pedro. Así, él estaba obligando al Señor a efectuar el pago religioso del impuesto para el templo. ¿Por qué Pedro dijo eso? Sin duda, él tenía su propio razonamiento, que probablemente era más o menos así: «El Señor regularmente visita el templo y él es un buen judío religioso; y como buen judío, él naturalmente va a querer pagar el tributo del templo. Es lógico que el Señor haría eso, por lo tanto, no necesito preguntarle. Ya sé lo que él piensa sobre el asunto». Con ese razonamiento, muy naturalmente, Simón respondió afirmativamente a aquellos hombres. Siendo así, entró para pedir dinero al Señor. Sin embargo, él no sabía que el Señor no tenía dinero. ¡Cómo este discípulo creaba situaciones embarazosas para el Señor! (¡Y cuán fre-

cuentemente nosotros también hacemos eso!).

Así, Pedro entró para hablar con su Maestro, pero antes que dijese ninguna palabra, el Señor le preguntó: «Pedro, los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?». Pedro replicó: «Es lógico que de los extraños». A lo que el Señor respondió: «Luego los hijos están exentos».

Necesitamos entender que, en lo referente al Señor, no podemos considerar nada de lo que pensamos como correcto. No hay lugar para nuestro razonamiento natural, pues el Señor frecuentemente nos sorprenderá: siendo el Hijo, él no necesitaba pagar el impuesto. Sin embargo, para librar a Pedro de quedar preocupado, y también para no escandalizar a los cobradores, el Señor dijo: «Yo no tengo dinero, pero quiero que tú vayas a pescar para obtenerlo. Haz eso y, el primer pez que saques, abre su boca; en ella encontrarás un estatero para ti y para mí. Entrégalo a las autoridades». Pedro fue y lo hizo así.

¡Qué trato para un temperamento impulsivo! ¡Pedro pudo muy bien haber quedado pensando cuándo el primer pez mordería el anzuelo! Y, cuando pescaba, ¡cómo desearía que aquel pez viniese rápidamente! Con todo, yo pienso que, probablemente, aquel día el pez demoró en venir. Y, consecuentemente, mientras esperaba al pez, creo que Pedro aprendió una gran lección sobre tomar decisiones por sí mismo; aprendió a no tomar ninguna decisión independientemente, sea por el Maestro o por sí mismo.

* * *

Muchas otras situaciones podrían ser mencionadas. En cierta ocasión (registrada en Mateo 18:21), Pedro vio a Jesús y le preguntó: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿hasta siete?». No

creo que fuese fácil para Pedro perdonar siete veces. Podía ser fácil para otros, pero no para él. Probablemente el hermano que él tenía en mente fuese Andrés. Sin embargo, dudo bastante que Andrés ofendiese a Pedro con frecuencia. Pero probablemente, en su relación con su hermano, ¡Pedro fuese ofendido por sí mismo! Andrés era un excelente hermano, tranquilo, modesto, observador, siempre atento, y que amaba mucho a su hermano Simón.

Pedro, por otro lado, era sanguíneo e impulsivo. ¿No sería Simón quien, en verdad, pecó contra su hermano? Muy probablemente Pedro se ofendía, no porque había algo incorrecto en su hermano Andrés, sino porque algo estaba incorrecto consigo mismo. Es bien posible que hubiese entendido mal a Andrés y así, inconscientemente, pensó que su hermano lo había ofendido «y entonces yo te perdono». ¡Cuán *justo a sus propios ojos era Pedro!* Sin embargo, ¿no somos nosotros frecuentemente culpados por tener esa misma actitud? Él halló que si había perdonado a su hermano siete veces, eso sería suficiente. Consecuentemente, ¡se sintió tan justo delante de Dios! Pero sabemos lo que Jesús dijo en esa situación: «¡No siete veces, sino setenta veces siete!».

Mentalidad propia, deleite propio, decisiones propias y justicia propia. Esa son algunas de las características autocentradas que Pedro tan fácil y espontáneamente exhibía en su conducta delante del Señor. Durante esos años de relación con el Señor, podemos ver muy claramente que el Maestro estaba tratando con este hombre en el aspecto de la vida del ‘yo’. Vez tras vez, muchas situaciones surgían para dar oportunidad al Maestro de descubrir el ‘yo’ que había en este discípulo. Y después de cada punto expuesto, era corregido por el Señor.

Llegamos a la última característica del ‘yo’ encontrada en Simón Pedro, la *autoconfianza*. En el último incidente que veremos, su orgullo y jactancia entraron en completo colapso y fueron totalmente tratados. «Aunque todos se escandalicen de ti», dijo este discípulo a su Maestro, «yo nunca me escandalizaré . . . aunque me sea necesario morir contigo» (Mateo 26:33, 35). ¡Cómo Pedro estaba confiando en sí mismo! ¡Sin embargo, el resultado fue una caída hasta el punto más bajo! ¡Él no consiguió ni siquiera velar con su Maestro en el Huerto de Getsemaní! ¿Dónde estaba su autoconfianza? Su carne no conseguía soportar ni siquiera una hora de prueba. Y, finalmente, encontramos a Pedro negando a su Maestro repetidamente (vea Mateo 26:69-75). En otras palabras, el orgullo y la jactancia de este hombre caerían tan drásticamente que él llegó al fin de sí mismo.

Observe lo que el Señor hizo para tratar con él. Jesús simplemente, volviéndose, *miró* a Pedro (Lucas 22:61). Es interesante notar que esta es la misma palabra usada en Juan, capítulo 1, para describir cómo el Señor miró cuidadosamente a Pedro, cuando él se acercó al Señor por primera vez. Y ahora, el Señor se vuelve y lo mira cuidadosamente una vez más. Ninguna palabra fue dicha. No fue necesario. Jesús simplemente lo contempló, y Pedro salió llorando. Y así él fue llevado al fin de sí mismo. En aquella penetrante contemplación del Señor, Pedro vio, finalmente, lo que había en su ser íntimo. Finalmente él percibió cuál era todo el problema; él vio con una sola mirada, por qué no podía ser un buen discípulo. El problema era el ‘yo’, era él mismo. En aquel instante, él se detestó profundamente, y saliendo, lloró amargamente. Pero esa experiencia quebrantadora constituyó el inicio de una nueva vida

para Pedro. Habiendo llegado al punto más bajo, desde aquel día en adelante él comenzaría a subir.

* * *

Este breve estudio de los tres años de Simón Pedro con el Señor no nos muestra un cuadro muy hermoso. Nos parece que Pedro estaba tan lleno de faltas. Su 'yo' era tan destacado y fuerte: fuerte en su mente, en sus afectos y su voluntad. Él tenía muchas opiniones propias, y era extremadamente justo a sus propios ojos y confiado en sí mismo. No es de admirar, entonces, que el Maestro tuviese que tratar tan persistentemente con él. Pero ¿será que nuestra carne es menos activa y fuerte? La carne de todo hombre es la misma. Aunque pueda ser diferente en la forma de manifestarse, es la misma en su esencia. Y la carne oculta es aún más difícil de ser tratada; no porque el Señor no la conozca, sino porque nos engañamos a nosotros mismos, y somos renuentes a recibir la corrección.

Por eso, cómo necesitamos de ese segundo mirar del Señor en nuestras vidas, de la misma forma que Pedro; que Él mire hacia nosotros y sondee todo lo que está oculto en nosotros. Como sucedió con Pedro, no hay necesidad de palabras; sabemos de eso muy bien, pues el Señor ya habló con nosotros también. Finalmente llegamos a comprender, así como Pedro, que todo el problema es este 'yo'. Y es solamente cuando llegamos al fondo de nuestro 'yo' que vamos a detestarlo. Con Pedro fue así: él simplemente aborreció su 'yo'. Él deseó no intentar nunca más alguna cosa por sí mismo. Y, por causa de esta nueva actitud de corazón, llegó a ser como un vaso maleable: dispuesto, obediente, tierno, en las manos del Maestro; y el Maestro ahora pudo moldearlo y darle forma, como le agrada.

Concluyendo, entonces, necesitamos observar la actitud del corazón de Pedro en todos estos tratos. Una ca-

racterística destacada en este discípulo era el hecho de que él podía soportar y aceptar el entrenamiento. Él no dudó de su Maestro, ni cayó en la desesperación, ni tampoco se rebeló. Su corazón, al contrario, estaba en el Señor. Su renuncia y su compromiso eran reales. Él se apegó a Cristo y aceptó todo en gracia. Él estaba ahora en sus manos para que el Señor lo moldease de esa forma. Fue así que Pedro aprendió, aunque lentamente y con dudas. Pero, ¿quién hay que realmente aprenda de prisa? Es tan difícil para la carne aceptar la muerte. Pero gradual y resueltamente el Señor estaba transformando a Pedro. Y aunque en su negación al Maestro él haya descendido al nivel más bajo de su vida, fue después firmemente levantado en su vida resucitada, para llegar a ser un discípulo que tenía la semejanza de su Maestro. Y era esto lo que el Señor estaba realmente buscando en la vida de este hombre.

* * *

Oh Señor, cuán paciente, cuán longánime, cuán amoroso y lleno de bondad eres tú para con nosotros. Y, en cambio, cuán impacientes, arrogantes, independientes y orgullosos somos nosotros. Nos quedamos pensando por qué el Señor simplemente no se vuelve a nosotros y nos dice: «¡Basta. Esto se acabó!». Cómo te alabamos y agradecemos, pues una vez que nos tomaste en tus manos, nunca más nos dejas ir. Tú mismo has dicho tan claramente que nunca nos dejarías y que jamás nos abandonarías. ¡Cómo te alabamos y agradecemos por eso!

Bondadoso Señor, ven a tratar con nuestras vidas, aunque no deseemos ser tratados. Hoy hacemos un pacto contigo: queremos comprometernos contigo, aunque a veces parezca que estamos desfalleciendo, que te estamos volviendo la espalda. Pero Señor, cuando eso ocurra, pedimos que tus ojos se vuelvan a nosotros. Ven, mí-

ranos, conmuévenos y quebrántanos, para que nos aborrezcamos a nosotros mismos y, finalmente, podamos allegarnos y apegarnos firmemente a ti.

Nos sentimos alentados, Señor, al ver la manera cómo trataste con tu siervo Pedro. Y nosotros también deseamos proseguir contigo. Ayúdanos, Señor. En tu precioso nombre oramos. Amén.

* * *

Capítulo 3

LA CONSOLACIÓN DEL DISCIPULADO

*«Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que **estoy apegado a ti**. El le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que **estoy apegado a ti**. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿**tú estás apegado a mí**? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿**Tú estás apegado a mí**? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que **estoy apegado a ti**. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme. Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro le vio,*

dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. (Juan 21:15-22). (Con la traducción alternativa de la versión de J.N. Darby en negrita).

* * *

Llegamos finalmente al tercer aspecto de nuestro asunto, la consolación del discipulado; cómo podemos disfrutar del Señor, ser enriquecidos y revestidos de poder para dar fruto para la gloria del Padre. Probablemente, la mejor manera de ilustrar ese aspecto de la vida de Pedro sea continuar con el tema tratado anteriormente, cuando Pedro negó al Señor después de haber andado con él aquellos años como su discípulo. Antes de proseguir, sin embargo, es preciso decir algunas palabras relativas al tema de la consolación, para que no tengamos una visión distorsionada de este asunto relacionado con el discipulado.

* * *

Podemos pensar que durante aquellos tres largos años antes de negar al Señor, Pedro nunca haya sido consolado como discípulo del Señor Jesús. Si pensamos así, tenemos una concepción errónea del lugar que la consolación ocupa en nuestro andar con el Señor. Debemos abandonar por completo esa idea distorsionada de que ser discípulo de Cristo es sufrimiento, dolor, tristeza, pérdida, y todas esas cosas negativas. Temo que muchas veces, cuando las personas mencionan las palabras «discípulo de Jesucristo», la reacción inmediata de la mayoría de nosotros es pensar que eso significa un aire triste, hombros caídos, un mirar cabizbajo, una existencia miserable. ¿No es precisamente esa nuestra impresión? Si así fuera, necesitamos tener nuestra concepción corregida en

ese aspecto.

Es verdad que ser discípulo no es una experiencia fácil. El discipulado no significa que todo es un mar de rosas, un navegar tranquilo; no implica, en absoluto, que no hay problemas o dificultades, ni conflicto, o pruebas, o exámenes. De ninguna manera. La vida del discípulo es precisamente aquello que el nombre sugiere: una vida *disciplinada*. El camino del discípulo no es aquel en que la persona puede hacer todo lo que desea. Significa ser disciplinado, ser colocado bajo entrenamiento, algunas veces ser colocado bajo presión y tensión y encontrar muchos conflictos y luchas. Me apresuro a decir, sin embargo, que si el discipulado consistiese *sólo* en eso, ¿quién jamás desearía ser un discípulo?

Descubrimos, sin embargo, que seguir al Señor tiene otro aspecto, que es la consolación. Existe consolación en el discipulado. Sí, Pedro dejó todo y siguió al Señor; pero ¿acaso la compañía del Señor no fue una compensación más que suficiente por las personas, bienes y relaciones que él dejó?

Durante los años en que estuvo con Jesús, en los cuales el Señor fue su constante Compañero, Maestro y Amigo, Pedro pudo abrirle su corazón y ser comprendido. Toda vez que Pedro tenía una necesidad recurría al Maestro, y él suplía la necesidad. Pensando en esos años de constante intimidad con el Maestro, es casi imposible describir la bendición, el placer y la alegría de ser un discípulo. Pues él compartió de la gloria del Maestro, además de su humillación. Aunque algunas veces Pedro haya sido reprendido por su Maestro, e incluso severamente, sin embargo, en otras ocasiones, vemos cómo este mismo Maestro confiaba en Pedro; él estuvo con el Señor en aquellas ocasiones en que sólo tres discípulos tuvieron permiso de estar presentes cuando Jesús hizo

algo especial.

Por ejemplo, Pedro y los otros dos discípulos estaban solos con el Señor cuando él resucitó a la hija de Jairo. Más tarde, Pedro también tuvo el privilegio de estar con él durante aquel sublime momento en el Monte de la Transfiguración. De la misma manera, en la ocasión de su terrible agonía personal en el Huerto del Getsemaní, el Señor confió en Pedro al llevarlo aparte de allí. ¡Cómo el Señor confiaba en Pedro a pesar de conocerlo tan bien! Poseyendo ese profundo (y al mismo tiempo decepcionante) conocimiento ¿cómo el Maestro podía abrirse tanto para con ese hombre? ¿Cómo podía confiar en él? ¿Cómo podía buscar consuelo junto a él? Sin embargo, ¡él lo hizo! A pesar de lo que sabía respecto de Pedro, el Señor se aproximó a él, lo aceptó, compartió con él confidencias y experiencias. Ellos no sólo estuvieron *juntos* tres años, sino, además, durante este período el Señor jamás se apartó de Pedro, siempre se allegó a él. Que el discípulo pudiese corresponderle o no, eso de ninguna forma cambió la actitud del Maestro. Eso es consuelo, eso es satisfacción. Además, durante ese período, el Señor envió a Pedro, junto con los demás, dándoles autoridad para sanar enfermos, echar fuera demonios y predicar el evangelio a los pobres. Y debe destacarse que esa misión tuvo mucho éxito. Por lo tanto, puede decirse que, a lo largo de esos años, Pedro disfrutó abundantemente de la presencia del Señor.

¿Y cómo sabemos de eso? Porque cuando Jesús comenzó a decir a Pedro y a los otros que pronto los dejaría, ellos se pusieron profundamente tristes (Jn. 16:6, 22). Eso explica todo ¿verdad? Si usted no disfruta de la compañía de alguien, cuando él le anuncia que se va a ir, usted piensa para sí mismo: «¡Gracias Señor! ¡Por fin!». Pero no fue esta la reacción de Pedro y los demás discípulos. Vemos

que sus corazones quedaron profundamente entristecidos. De este modo, sabemos cuánto ellos valoraban la compañía del Señor, cuánto Jesús significaba para ellos: Significaba todo; ninguno era más importante para ellos que el Señor. Si él se iba, todo perdería su valor, nada más les quedaría. Habían dejado todo para ganar a Cristo, y Cristo se había convertido en más que todo para ellos; por tanto, si él los dejaba, sus vidas quedarían vacías y estériles. Así es el Señor, esa es la preciosidad de nuestro Señor.

Podemos entonces afirmar con certeza que Pedro disfrutó de la compañía del Señor durante esos tres años; y si alguien permanece al lado del Señor por un período como ése, con certeza habrá crecimiento; no es posible estar con él sin crecer. Sí, hubo etapas de retroceso así como de avance. La vida es así. Pero en general, Pedro estaba haciendo progresos. No importa cuán grande haya sido su caída al final de esos años de discipulado (y no hay cómo negar su gran caída); se puede constatar que Pedro creció en el Señor tanto en conocimiento como en vida. Esos fueron los años de formación en la vida de Pedro, años en que se perciben tanto sus fracasos como sus progresos. Existe en China un proverbio que dice: «El niño crece dándose tumbos». Si el niño no cae, jamás crecerá; cuanto más cae, más crece. Fue lo que sucedió con este discípulo. Él creció a través de las caídas. Y cuando sufrió la mayor de ellas, creció más rápidamente, y eso por la gracia de Dios.

* * *

Quiero entonces enfatizar lo que ya dije antes: que la experiencia de Pedro en ese período no consistió sólo en sufrimiento, tristeza y corrección, y que no fue necesario ‘graduarse’ como discípulo para solamente entonces conocer la alegría y el crecimiento. No fue así. Estos

dos aspectos, disciplina y consuelo, van juntos en la experiencia de todo discípulo de Cristo. A medida que avanzamos en la escuela del discipulado, también avanzamos en la experiencia de la consolación. Esta última es resultado de la primera, un producto del aprendizaje y el entrenamiento. Cuanto más seguimos al Señor y cuanto más somos disciplinados y entrenados, tanto más disfrutaremos de él, seremos enriquecidos y nos volveremos fructíferos. Pero, si seguimos al Señor a distancia, también disfrutaremos de él a distancia y, no creceremos mucho. Podremos tener muchas hojas pero los frutos serán pocos.

Sin embargo, si como Pedro seguimos al Señor de cerca y permitimos que él trabaje en nosotros con su mano hábil y diestra, entonces desearemos besar la misma mano que nos quebranta, pues por su operación encontramos gozo y crecimiento. La experiencia del primer discípulo será la nuestra: a través de ese proceso nos asemejaremos más al Maestro y, desde nuestro interior, ciertamente se manifestará el fruto del Espíritu del Maestro. Esa es la consolación del discipulado. En el caso de Pedro, eso quedó en evidencia especialmente cuando fue levantado y restaurado por Dios, después de su terrible caída. A fin de ayudarnos a comprender lo que significa la consolación del discipulado me gustaría que focalizáramos nuestra atención en lo que siguió a esa terrible experiencia de Pedro. Para eso, necesitamos de Juan 21:15-22, pues la escena de esos versículos aclara nuestro entendimiento de cuál es la base para experimentar los frutos del discipulado.

* * *

Como vimos anteriormente, Pedro, en su autoconfianza, falló por completo. Él negó al Maestro tres veces y, después de haberlo hecho, Jesús se volvió hacia él, que

estaba lejos en el patio. Creo que en ese momento crítico Pedro probablemente estaba intentando salir disimuladamente, cuando el Señor, a la distancia —no se había olvidado de Pedro aunque él mismo estaba bajo acusaciones y juicio— se volvió y lo miró atentamente. Y Pedro, con su rostro todavía vuelto hacia el Señor (debemos agradecer a Dios por eso), percibió aquella mirada, y salió y lloró amargamente.

Aquel fue el fin de Pedro. ¿Qué quedaba de él ahora? Nada. Estaba acabado. Él fue reducido a cero. Todos suponían que él era alguien que siempre estaba en el tope; y durante aquellos tres años él mismo había intentado mantenerse como el primero. Pero ahora ¿dónde estaba? En el punto más bajo. Ni siquiera sabía si el Señor alguna vez lo perdonaría. Ese era ahora su temor. Él salió y se arrepintió, pero creo que todavía había dudas en su corazón. Él podía haber dejado Jerusalén y regresado a Galilea para olvidarse de todo, pero no hizo eso. Por el contrario, permaneció en Jerusalén. Algo lo retenía. ¿No es extraño? El Señor había sido crucificado, fue sepultado, pero Pedro no conseguía irse todavía. Tal vez, pensaba él, hubiese alguna esperanza en la misericordia ilimitada de Dios. Y así permaneció en Jerusalén.

Es muy probable que, durante ese período, Juan haya sido la única persona que quedó al lado de Pedro para intentar confortarlo. No creo, sin embargo, que eso fuese posible; se trataba de una situación en que no había consuelo que sirviese. En todo caso, Juan se quedó con él.

Aquí hay una lección que podemos aprender. Muchas veces, cuando un hermano en el Señor está pasando por dificultades, puede que usted no consiga consolarlo o aliviarlo en su problema; sin embargo, se puede al menos estar a su lado, dándole apoyo; ya es una ayuda. Juan hizo exactamente eso. No podía confortar a su hermano,

pero se quedó con él; y por tres días estuvo sumido en las tinieblas. Ya no estaba seguro de sí mismo; no sabía cual era su posición, para donde iría, cual sería su futuro. Simplemente no sabía. En suma, era un alma perdida, vagando en el mar de la duda.

* * *

El día de la resurrección vino una mujer y anunció que se habían llevado el cuerpo del Señor (Juan 20:2). Al oír esta noticia Pedro corrió hacia el sepulcro. Juan también corrió y, siendo más joven llegó antes que él. Al llegar Juan permaneció dubitativo a la entrada del sepulcro, pero Pedro entró en él. El sepulcro estaba vacío. Los lienzos de lino que habían envuelto al Señor todavía continuaban en su lugar, y también el lienzo que había estado sobre la cabeza de Jesús se encontraba enrollado aparte, pero el cuerpo ya no estaba allí (Juan 20:4 y siguientes). Él regresó a casa pensando en qué podía significar todo eso.

¿Realmente había resucitado el Señor de entre los muertos? En caso de que así fuera, pensó Pedro, ¿qué será de mí? ¿Me irá a recibir o me irá a rechazar? ¿Cómo podré mirarlo a la cara? Pedro debe haber pasado por una gran agitación. Entonces llegaron más noticias traídas por algunas mujeres. Ellas fueron instruidas por un ángel del Señor quien dijo: «Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo» (Marcos 16:7) Las tres palabras «y a Pedro», dieron ánimo al espíritu del discípulo desconsolado; un rayo de esperanza: el Señor, pese a todo, no se olvidaba de él. «Él todavía se acuerda de mí, todavía me quiere». Más tarde, el mismo día de resurrección Jesús apareció sólo a Pedro (Lucas 24:34, vea también 1 Corintios 15:5). La Biblia no revela lo que sucedió entre

ellos; fue un momento demasiado sagrado para ser registrado. Pedro debe haber llorado delante del Señor, y fue de alguna forma restaurado. Pero algún tiempo después, el Maestro apareció una vez más a los discípulos junto al mar de Tiberias. Allí, el Señor restauró a su discípulo decaído delante de sus compañeros. ¡Cuán conmovedor, cuán bello, cuán lleno de gracia!

* * *

Antes de proseguir, debo decir en este punto, algo sobre Pedro y la cruz de Cristo. Cuando el Señor fue a la cruz y allí lo crucificaron, en un sentido bien real, Pedro pasó por la muerte con él y resucitó junto con él. No de manera física, sino espiritual. Físicamente, Pedro se separó del Señor en la cruz, pero moral y espiritualmente, el fue unido con Cristo en la muerte, porque Él murió para que todos nosotros pudiésemos morir y, en un sentido muy real, pienso que esa fue la experiencia de ese discípulo. Cuando el Señor derramaba su alma en la cruz, Pedro también derramaba su alma sobre la tierra.

Este discípulo pasó por la profunda agonía de la muerte, pues lloró amargamente. Estaba acabado, terminado, llegó al fin ¿A dónde más podría descender, si había llegado al punto más bajo, con su autoconfianza completamente destruida? En lo que se refiere al alma de Pedro, él estaba muerto. ¿Pero no es ese precisamente el verdadero significado del Calvario? ¿No fue la cruz de Cristo destinada para el derramamiento de la vida del alma? ¿No fue por eso que él murió por todos nosotros en la cruz? Y, porque él murió, todos nosotros morimos. Pedro había llegado realmente al fin de sí mismo. El viejo Pedro, Simón, estaba ahora muerto. Y si hubiese un nuevo comienzo, necesitaría ser con Cristo. Simón Pedro estaba muerto, terminado, acabado, pero ahora surge

un nuevo comienzo. Comienza la obra milagrosa de la resurrección. Como aprendimos anteriormente, el día de la resurrección el Señor envió una palabra a sus discípulos e hizo mención específica de Pedro. ¡Cómo eso debe de haber tocado su corazón ansioso! Y, entonces, el Señor se le apareció, y, personalmente, el mismo día le confirmó su amor. Y, nuevamente, lo levantó delante de sus compañeros. El Señor de la resurrección estaba levantando a su discípulo de la muerte.

Por lo tanto, pienso que cuando el Señor comenzó a restaurar a su discípulo, fue una persona nueva y diferente la que se levantó. El viejo Pedro estaba muerto con Cristo y crucificado en la cruz. Pero el Pedro que surgió de la muerte era un nuevo Pedro, cuya nueva vida estaba cimentada sobre la base de la resurrección; y esa base de resurrección no es otra sino la de Cristo, nuestro Maestro.

* * *

Teniendo eso como contexto, vamos ahora a observar más de cerca la escena registrada en Juan 21. Aquella mañana el Señor apareció a los discípulos. Él mismo les ofreció el desayuno y, después de haber comido, inició un diálogo con Pedro en presencia de los otros: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? ¿Me amas más que a lo que está al fuego? ¿Te acuerdas del fuego? Tú te calentabas junto a las llamas cuando yo estaba siendo juzgado y tenía frío. ¿Tú me amas más que al pan y a los peces que están aquí? ¿Tú me amas más que al barco y las redes? ¿Más que a tus compañeros? ¿Más que a ti mismo?». Y Simón respondió: «Señor, tú sabes que estoy apegado a ti». Por segunda vez Jesús preguntó: «¿Me amas?». Pedro respondió: «Señor, tú sabes que estoy apegado a ti». Y él preguntó aún una tercera vez: «Simón,

hijo de Jonás, ¿tú estás apegado a mí?». Simón se entristeció profundamente, y entonces replicó: «Señor, tú sabes que estoy apegado a ti» No es mi intención interpretar en su totalidad esta porción de las Escrituras; sólo quiero ayudarlos, si es posible, a sentir a dónde el Señor quería llegar con su insistente interrogatorio. Creo que es posible percibir que Jesús estaba intentando establecer una relación adecuada y sólida con Pedro. La relación entre este discípulo y su Maestro estará de ahí en adelante fundamentada exclusivamente sobre la base del puro amor, tan débil en la opinión de Pedro, pero tan verdadero en la mente de Cristo. La relación entre un maestro y un discípulo debe estar basada en el amor.

Ese amor, sin embargo, rara vez surge en el inicio. Al principio, el corazón del discípulo en relación al maestro es, probablemente, un corazón de temor, respeto, o admiración, pero no hay un vínculo de amor. El nexo inicial entre los dos es aquel en que el discípulo intenta extraer todo lo que puede del maestro. Él procura obtener todo del maestro, extenuándolo, hasta que él mismo se convierta en maestro. ¡Qué propósito egoísta! Aquí, en cambio, el Señor y Maestro de todos está intentando establecer con este discípulo, Pedro, una relación basada en un cimiento verdadero y sólido, el cimiento del amor.

* * *

Pero ¿qué es amor? ¿Es que Pedro antes amaba al Señor? Sí, pero su amor era natural; era un amor que emanaba de sí mismo. Pedro afirmó en su autoconfianza y suficiencia: «Yo te amo y estoy dispuesto a morir por ti». Pero cuando llegó la hora de la verdad, descubrió que se amaba demasiado para amar al Maestro. Él debería haberse negado pero acabó negando a la persona equi-

vocada: a su Señor. Entonces, en aquel terrible fracaso, el amor natural del Pedro se desintegró. Finalmente, él conoció la verdad sobre su amor por el Maestro. Quedó claro, sin ninguna sombra de duda. Ahora él sabía que se amaba demasiado a sí mismo para poder amar al Maestro. Pedro reconoció por fin que, en realidad, no había amor dentro de él. Y cuando Jesús dijo: «Simón, hijo de Jonás, ¿tú me amas más que éstos? ¿Me amas más que al fuego?, Simón pensó: «¡Que tontería! ¿Amar al Señor más que al fuego? ¿Qué es el fuego?».

Evidentemente, Simón no se atrevió a pronunciar estas palabras, pues su experiencia reciente le demostró que él, en verdad, amaba más al fuego que al Señor. Por tanto, la única manera en que Simón podía responderle fue: «Señor, tú sabes todas las cosas. Yo no sé nada más, perdí toda la confianza que tenía en mí mismo. Señor, tú sabes que estoy apegado a ti, pero no puedo hacer más uso de la palabra amor. Sí, tengo un sentimiento por ti, quiero estar cerca de tu persona, pero no puedo decir que eso sea amor. Sólo puedo afirmar que hay algo dentro de mí que se siente atraído por ti, que me une a ti, de manera que no puedo apartarme. De alguna forma, estoy ligado a ti y no puedo cortar ese lazo. Pero eso es todo lo que sé. Yo tengo que confesar que incluso **eso** viene de ti, y no de mí. Eres tú quien me atrae, eres tú quien me enlaza con lazos de amor de modo que no puedo marcharme. Todo ahora viene de ti mismo, y no de mí; no es más lo que yo sé, sino lo que tú sabes. Tú me conoces mejor y más profundamente que yo mismo; tú conocimiento es real y verdadero; y tú sabes que me cautivaste. Fui cautivado por ti, no puedo huir; tú sabes todas las cosas».

Hasta parece que Pedro no tenía amor alguno por el Señor, pero era precisamente esa reticencia recién descubierta la que el Señor estaba procurando. Ese sentimiento

en el discípulo en aquel momento era muy débil, pero se trataba de algo muy precioso para el corazón del Maestro.

No se alabe usted diciendo que ama mucho al Señor. Llegará el día en que va a descubrir que no tiene ningún amor en sí mismo, que todo debe venir de él. Incluso hasta el pequeño afecto que usted tiene por el Señor procede del vínculo de Su amor, y eso lo mantiene junto a él.

* * *

Debe quedar claro que el Maestro no exige que usted y yo tengamos un gran amor por él, algo producido por nosotros mismos. No debemos pensar así. En verdad, nosotros somos capaces de crear este tipo de amor puramente emocional, pero las emociones oscilan todo el tiempo. No; todo lo que el Señor pide es esto: ¿Usted puede sentir la cuerda de Su amor alrededor de su cuello? ¿Usted siente apego por él? ¿Siente que él lo cautivó y usted no puede huir más? Entonces sepa que todo eso se debe a él mismo. Es él quien lo atrae y quien lo cautiva. Es él quien conoce su verdadera condición.

Si usted tuviera hoy ese pequeño amor por el Señor, entonces estará siendo establecida la base de una relación de discípulo entre usted y el Maestro. Recuerde que el lazo entre el Maestro y el discípulo sólo puede ser establecido sobre el puro amor. Cuando ese amor está presente, ¡qué consolación, qué comunión, qué intimidad y gozo! Usted goza de la presencia de él y él de usted. Usted se deleita en contemplar su rostro y él en contemplar el suyo. ¡Qué gran alegría!

Pero, al seguir, el Señor dice a Pedro: «Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas, apacienta mis ovejas». En otras palabras, después que el puro amor es establecido entre Maestro y discípulo, entonces del compa-

ñerismo y comunión surgirá desarrollo y crecimiento de vida. Como afirmó el apóstol Pablo: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Corintios 3:18). Cuando ustedes dos—Maestro y discípulo— gocen de compañía el uno del otro, el rostro del Maestro se irá naturalmente transformando en su rostro. Espiritualmente, una transformación se inicia dentro de usted, y luego usted comienza a parecerse a él. Usted desaparece más y más, y él crece en usted. Y, a medida que el Maestro es formado en usted, ciertamente lo que está en el corazón del Maestro se convierte en su tarea, es decir: apacienta mis ovejas.

El discipulado, como decimos, debe llevar al servicio, al ministerio. Recuerde de cómo al comienzo de nuestro estudio de la vida de Pedro, vimos que el Señor le dice: «Ven, sígueme, y te haré pescador de hombres». Aquí, sin embargo, el Señor dice: «Alimenta mis ovejas». El servicio de Pedro al Señor debería ser doble. Él no sólo lanzaría las redes a fin de traer muchos al reino de Dios, sino también cuidaría de las ovejas en el rebaño de Dios. Existe una enorme diferencia, sin embargo, entre un pescador y un pastor. El pescador puede ser una persona dura, ruda y cruel. Tal vez porque yo no pesqué mucho, generalmente pienso en el pescador como alguien bastante cruel. Sólo puedo visualizar cómo el anzuelo es filoso y curvo. ¡Cuán rudo y cruel es él con los pobres pececillos! Pero un pastor es bien diferente. Si él trata a un cordero de una forma muy ruda, él morirá. De pescador a pastor, ¡qué diferencia!

La vida de Pedro está, sin duda, siendo transformada. Después de eso, en el libro de Hechos y en las propias epístolas de Pedro vemos esa transformación desarrollada delante de nosotros y cumpliéndose completamente. En lo que se refiere al servicio, observamos cómo el discípulo atrapó muchos peces y cómo también pastoreó el rebaño. Cuán eficaz fue Pedro en abrir las puertas del reino para el mundo: en Pentecostés, tres mil fueron salvos; más tarde, cinco mil; ¡y a través de Pedro el evangelio fue predicado a los gentiles! ¡Cuán fructífero fue su trabajo donde quiera que estuviese! ¡Cómo él fortaleció tanto a la iglesia en Jerusalén como a los que estaban dispersos entre los gentiles, según leemos en sus epístolas! Y, finalmente, él se convirtió en uno de los fundamentos de la Nueva Jerusalén.

Note también la transformación en el carácter de este discípulo. El Pedro que vemos en Hechos es un desarrollo o extensión de aquel que vemos al final de los evangelios. Él podía ahora esperar pacientemente como los otros 120 discípulos en el aposento alto, durante diez días, orando y ayunando. No se impacientaba más como antes, diciendo: «Voy a pescar» (Juan 21:3). Le fue dada tal revelación de la Palabra de Dios que su conocimiento y apreciación de las Escrituras eran realmente maravillosos. Su vida estaba tan próxima del Señor, tan llena del Espíritu Santo, al punto de servir como portavoz e intérprete de Cristo. Pedro también se mostró valiente al hablar al Sanedrín, que tenía poder para matarlo, como hiciera con su Maestro: «Viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13). Él pudo, también, la noche anterior a su probable ejecución, descansar tranquilo entre los dos soldados que se hallaban encadenados a él. ¡Qué paz de mente! Ahora confiaba en

el Señor. Ahora, él estaba también libre de las tradiciones, como demuestra su ida a casa de Cornelio, un gentil. Él siguió la orientación del Espíritu y confirmó la verdad en el concilio de la iglesia en Jerusalén. A pesar de haber fallado Pedro algunas veces, como en el caso de Antioquía, supo aceptar con humildad la severa corrección de Pablo, que era bastante más nuevo que él. Además de eso, alabó y recomendó a Pablo en su propia carta, reconociendo abiertamente el don de gracia en Pablo. Pedro fue fiel hasta el fin. ¡Qué maravillosa vida con el Señor y qué vida fructífera para el Señor!

* * *

Hay, sin embargo, otro punto que vale la pena examinar en el incidente de Juan 21. Entre otras cosas registradas, el Señor dice a Pedro: «Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras». Y el Señor continuó explicando la muerte por la cual Pedro glorificaría a Dios. La vida del discípulo es la vida de un mártir. Eso significa que la persona no vive para sí misma, sino para otro: para Dios. No importa que su andar con Dios termine en muerte, crucifixión o cualquier otra cosa.¹ Eso no es el punto fundamental, pero sí, que la vida de un discípulo es la vida de un mártir, vivida para otros. De ahí en adelante, Simón Pedro no vivió más para sí mismo, sino para su Señor. Y llegó a ser como el Señor. Las personas comenzaron a ver en él al propio Maestro. *Eso* es el discipulado: cuando otras personas comienzan a ver al Maestro en la forma cómo usted se expresa, en su comportamiento, en su relación con

¹ La tradición dice que Pedro fue crucificado por Nerón; y cuando comenzaron a clavarlo en la cruz, exclamó: «No soy digno de ser crucificado como mi Señor; colóquenme de cabeza para abajo».

otros. Solamente cuando el Maestro es visto u oído en la vida de alguien, es que se puede decir que el discípulo realmente aprendió alguna cosa.

* * *

Y, finalmente, después de haber dicho el Señor todo eso a Pedro, agregó: «Sígueme». ¿Por qué? ¿De nuevo? ¿No lo he seguido ya estos tres años? ¿Es que aún no puedo obtener mi diploma? ¿Es que aún no llego al punto de ser yo mismo un maestro?

En cierto sentido, si usted sigue al Señor de cerca durante algunos años, usted puede convertirse en un pequeño maestro para otra persona, pero eso no significa que no tenga nada más que aprender. Nunca piense que llegó a un punto en que no necesita seguir al Maestro y que ahora puede decir a las personas que lo sigan. Las personas sólo podrán seguirlo si usted sigue al Maestro. El Señor todavía lo está llamando. Él le continúa diciendo: «Sígueme». ¿Y por qué? Porque su Maestro es inagotable. En su sabiduría, en su poder, en su gloria moral, en su carácter, él es realmente inagotable. ¡Oh las maravillas y riquezas de Cristo, nuestro Maestro! Será necesaria la eternidad para aprender todo respecto de él. Es por esa razón que el llamado se repite: «Sígueme». Después de todos esos años de relación íntima con el Señor, la palabra del Maestro al discípulo continúa siendo: «Sígueme». ¿Usted todavía lo está siguiendo? El verdadero discípulo es aquel que lo sigue para siempre.

Pero vea la actitud de Pedro. Cuando comienza a seguir al Señor, él ve que otra persona también lo sigue, su buen amigo Juan. Y la curiosidad y el carácter del viejo Pedro surgen nuevamente de forma clara e inconfundible: «Señor, ¿y qué de este? Tú dices que yo voy a seguirte hasta la muerte, ¿y él? ¿Qué tienes que decir de

él? ¿Él morirá también?». Vemos claramente aquí que Pedro todavía no ha llegado a la perfección. Mira lo que el Maestro respondió: «Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?».

Pedro pensó que si el Señor quería que él lo siguiese hasta la muerte, entonces todos los que siguiesen al Señor deberían también morir. De otra forma, pensó, sería injusto. ¿Cómo puede el maestro esperar que yo le siga hasta la muerte cuando permite que mi amigo Juan viva hasta que él vuelva? Eso es demasiado. Es muy fácil para Juan. Pero el Señor le dijo: «¿Qué te importa a ti? Ven, y sígueme y no te incomodes con lo que suceda a los otros».

* * *

Quiero terminar aquí con una breve advertencia. Si el Señor tocó su corazón y usted se siente constreñido a responder a su llamado, estando dispuesto a seguirlo por todo el camino, puede ser que por su gracia, él lo llame para seguirlo hasta el fin, es decir, hasta la muerte. Pero tenga cuidado. Usted puede ser tentado a mirar hacia atrás y decir: «¿Y mi compañero? Si yo sigo al Señor y muero, y en cambio él puede ser discípulo con tanta facilidad sin necesitar sufrir, ¡yo estaría siendo un necio! ¡Voy a ser un discípulo como él!».

Déjeme decirle esto: No mire a su alrededor. Sí, otros pueden, pero usted no. Si es la voluntad del Señor que otros lo sigan por un camino fácil y confortable, pero que su vida enfrente dificultades, eso es asunto de él y no de usted. No caiga en esa tentación. Esa mentalidad puede volverse un verdadero impedimento en su andar con Cristo. No, no haga tales consideraciones. Al contrario, vea lo que el Maestro dice. El Señor declara: «¿Qué te importa? En cuanto a ti, sígueme».

De esa forma, la última palabra del Señor a cualquiera de sus seguidores sólo puede ser esta permanente reafirmación del llamado al discipulado: «¡Sígueme!».

* * *

Oh, querido Señor; cómo te alabamos y agradecemos porque no eres un Maestro severo, sino un maestro amoroso. Tú eres un océano de amor y queremos perdernos en ti. Cómo te alabamos y agradecemos por habernos atraído con tu gloria, con tu Persona amorosa. FuiSTE tú quien pusiste amor en nuestro corazón, y estamos ligados a ti; estamos dispuestos a continuar ligados de esa forma. Pues estar contigo, oh Señor, es un grande gozo; es un real deleite aprender de ti. Oh, tu yugo es suave y tu carga es ligera, pues tú nos amaste y pusiste ese mismo amor en nuestro corazón.

Cómo te alabamos por no habernos rechazado, antes nos tomaste en tus manos perforadas y nos estás moldeando y dando forma para tu gloria. Te agradecemos, Señor, porque nos guiaste hasta aquí y creemos que nos guiarás hasta el final. Pues sabemos en quién hemos creído y estamos ciertos de que podrás guardar lo que te fue confiado hasta aquel día.

Estamos ahora en tus manos, Señor. Y oramos para que puedas realizar en nosotros tu obra. Oramos para que podamos ser santos y ser transformados por tu Espíritu, para que Cristo pueda ser visto y oído en nosotros, a fin de que muchos puedan ser atraídos a ti y tu Iglesia pueda ser edificada y ayudada. Oh Maestro, concede que no seamos aquellos que miran alrededor procurando un camino fácil; sino que fijemos nuestros ojos en ti, sin importarnos los demás, y siempre siguiéndote a ti.

Así, Señor; no confiando más en nosotros mismos, sino en ti, nuestro Maestro, nos encomendamos totalmente

a ti. Y queremos alabarte y agradecerte anticipadamente, sabiendo que nunca fallas y que tú llevarás todo a buen término para tu gloria. Oramos en tu precioso Nombre. Amén.

* * *